

7954

*M.ª Ana Huys 17/63.*

**EL TEATRO.**

**COLECCION**  
**DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.**

**MATILDE Y MALEK-ADHEL,**

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VETSO.



**MADRID.**  
IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.  
1863.

L47 - 5353

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empeñe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Gostumbres políticas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carniol.

Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no cee... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el mirinaque.  
¡Es una mala va!  
Echar por el ata!

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angell!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada dia.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El ciego.  
El protegido de las nubes  
El marqués y el marquesito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huéspedá.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.

Jeime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos españoles.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La vida de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduguesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Carid: d.  
La niña Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exotica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (algoria)  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los infieles.  
Los mares del Riff!  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadrueño.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
La planta exotica.  
Llueven hijos.  
Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.



LYA-5353

MATILDE Y MALEK-ADHEL.

TRADUCCION DE DON CARLOS FRONTOURA.

D. CARLOS FRONTOURA.

MATILDE Y MALEK-ADHEL.

IMPRESION EN LA OFICINA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID, EN EL PASEO DE RECOLETO, 11. AÑO 1900.

MADRID.

IMPRESION EN LA OFICINA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID, EN EL PASEO DE RECOLETO, 11. AÑO 1900.

CATALOGUE

OF THE

LIBRARY

MATTHEW A. WALKER-ADRIAN



# MATILDE Y MALEK-ADHEL,

ZARZUELA EN TRES ACTOS

DE

D. CARLOS FRONTAURA.

MUSICA DE

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE Y D. CRISTÓBAL OUDRID.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la  
Zarzuela, en Marzo de 1863.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1863.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELENA.....	Doña MARIANA AGUADO.
BLANCA.....	Doña DOLORES FERNANDEZ.
D. DIEGO.....	D. FRANCISCO SALAS.
D. GONZALO.....	D. TIRSO DE OBREGON.
NEGRO.....	D. VICENTE CALTAÑAZOR.
LINCE.....	D. FRANCISCO ARDERIUS.
BLAS.....	D. JUAN ROCHEL.
UN SOLDADO.....	D. N. BORNACHEA.

Viejas, alguaciles, pueblo.

---

Principios del siglo actual.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



---

## ACTO PRIMERO.

La plazuela de Afogados en Madrid.—Á la derecha el convento llamado de Afogados, con atrio practicable: hace esquina á una calle.—Á la izquierda la fachada de la casa de D. Diego, que hace esquina á otra calle, y tiene dos frentes, uno al público y otro á la iglesia.—Dando frente al público hay un mirador con persiana; en el frente que dá á la iglesia está la puerta de la casa, y sobre la puerta una ventana practicable. En el fondo la prolongacion de la plazuela: todas las casas tienen puertas y ventanas practicables.

### ESCENA PRIMERA.

CORO DE VIEJAS DEVOTAS. Salen por derecha é izquierda.

#### MUSICA.—INTRODUCCION.

Vamos á la iglesia,  
vamos al sermon,  
que el padre Eleuterio  
vá á hablar del misterio  
de la Encarnacion.  
¡Qué santo varon! (Unas á otras.)  
¡Qué bien predica!  
¡con qué expresion!  
¡Qué pico de oro!

tiene el señor  
predicador!  
¡Cuántos milagros  
hace su voz!  
¡Cómo se aleva!  
¡No, no hay mejor  
predicador!  
¡Yo dejo siempre  
casa y fogon,  
hijos, marido,  
costura y todo  
por el sermon!...

Y un polvito de tabaco,  
y un ratito de sermon,  
y un poquito de malilla  
todas mis delicias son.

Como somos viejas, viejas,  
nuestra sola diversion  
es tirar la oreja á Jorge  
y el tabaco y el sermon.  
Esto solo nos consuela  
de aquel tiempo que pasó,  
en que amantes derretidos  
nos hacian el amor.

¡Ah! ¡Oh!

¡Aquel tiempo ya pasó!...

¡Qué recuerdos! ¡qué recuerdos!

¡Ay, qué pena! ¡qué dolor!...

Toda aquella gentileza  
héte aqui en lo que paró.

(Echándose atrás los mantos y mirándose.)

¡Ah! ¡Oh!

¡Olvidar aquellos dias,  
olvidarlos es mejor,  
que si no al mismo demonio  
nos daremos con razon!

¡Ah! ¡Oh!

¡Aquel tiempo ya pasó!...

Ya un polvito de tabaco  
y un ratito de sermon,  
y un poquito de malilla



todas mis delicias son.

Vamos á la iglesia,  
vamos al sermon,  
que el padre Eleuterio  
vá á hablar del misterio  
de la Encarnacion.  
¡Qué santo varon!

(Entran en la iglesia, y por el lado opuesto salen  
D. Gonzalo y Negro.)

## ESCENA II.

D. GONZALO, NEGRO.

### HABLADO.

- NEGRO. (Sañalando á las viejas que entran en la iglesia.)  
Ningun dia de batalla  
he visto yo tanto cuervo...  
Dígame usted, esas hembras,  
¿son tambien de carne y hueso?...  
GONZ. Son de hueso y pergamino...  
La carne ya la perdieron...  
Solo les queda el demonio  
que lo tienen en el cuerpo...  
(Mudando de tono.)  
¡Negro, ven; mira esa casa!... (La de D. Diego.)  
NEGRO. ¿Esa casa?... ¡Ya la veo!...  
GONZ. Pues en ella, Negro amigo,  
yo sé que un tesoro tengo.  
NEGRO. ¡Ay! ¡señor! qué bien nos viene...  
que yo no sé ya qué medio  
buscar para que de pie  
se mantengan nuestros cuerpos  
desde que usted, amo mio,  
ha dado en hacerse el sueco,  
y darme algun linternazo  
cuando le pido dinero.  
GONZ. ¡Calla, tonto!  
NEGRO. ¡Callo, tonto!

- GONZ. El tesoro, amigo Negro,  
es tesoro de belleza...
- NEGRO. (Con desaliento.) Echela usted en el puchero.
- GONZ. Es una méjer...
- NEGRO. ¡Ya! ¡ya!...  
Pues señor, malo me siento.  
Sin dinero y con amor  
está usted, señor, expuesto  
á quedarse para siempre  
sin amor y sin dinero.
- GONZ. Debe ser esa mujer  
ángel bajado del cielo.
- NEGRO. También del cielo bajaron  
los demonios.
- GONZ. Mira, Negro,  
no me hagas observaciones...  
Ó te callas ó te pego.  
Yo nunca he visto á esa dama;  
digo, sí la he visto, pero  
en pintura solamente...  
(Señalando á la iglesia.)  
En ese mismo convento  
está en el altar mayor.
- NEGRO. ¡Ay! ¡Dios! ¡ha perdido el seso!
- GONZ. Sí, representando á Nuestra  
Señora de los Remedios.
- NEGRO. ¡Zambomba!... ¡Está rematado!  
¡Seguiré su humor!...
- GONZ. (Suspirando.) ¡Ay! ¡Negro!...  
¡Esa mujer es... no sé  
cuál será su parentesco,  
hermana, nieta ó sobrina  
de un pintor de mucho mérito  
que es vecino de esa casa,  
y á quien sirve de modelo.  
En todos sus cuadros copia  
el rostro plusquam perfecto  
de la mujer peregrina,  
en la que yo adoro ciego;  
y es el pintor tan avaro  
de su modelo hechicero,  
que no permite que nadie



- entre á profanar el templo  
de esa diosa, que será  
la inspiracion de su genio.  
En el manto rebozada  
y con él sale á paseo  
algunas veces de noche,  
nunca de dia... No puedo  
verla y hablarla, ni sé  
cómo... y ya me desespero.
- NEGRO. Á todo el que se enamora  
viene á pasarle lo mismo...  
que vive desesperado.
- GONZ. ¿Cómo no, si no la veo?
- NEGRO. Y en viéndola, señor mio,  
mas desesperado os temo,  
y si ella no os corresponde  
desesperado os contemplo,  
y tambien desesperado  
si llega á corresponderos...  
que en amor todo es andanzas,  
dudas, sustos y deseos,  
ilusiones, desengaños,  
incertidumbres y miedos,  
sudores, escalofrios,  
calenturas y mareos...  
y dar vueltas á la noria...  
perder el color y el sueño,  
y el humor y el apetito,  
y la paciencia y el tiempo,  
la voluntad, la memoria,  
la libertad y el dinero...  
y todo, ¿por qué, señor?  
por mimos y cuchicheos,  
y por oirse llamar  
pichon, palomo, cordero,  
mono, nene, vida mia,  
serafin y otros excesos!...  
Abandone usted la empresa.
- GONZ. No puedo, Negro, no puedo.  
Yo he de entrar en esa casa.  
Yo he de verla, si, que quiero  
que por mí libre se vea.

- de su triste cautiverio.
- NEGRO. ¿Y si ella estuviera á gusto?
- GONZ. Imposible, él es un viejo insoportable, un avaro, un déspota, un tiranuelo... un zorro astuto... Dios sabe, Negro amigo, con qué objeto entre esas cuatro paredes la tiene...
- NEGRO. Pero, ¿qué haremos?
- GONZ. ¡Robarla!
- NEGRO. ¡Válgame Dios!
- GONZ. Si, la robo y me la llevo, y despues que me la lleve.
- NEGRO. Ya me hago cargo.
- GONZ. Y deseo que tú me ayudes.
- NEGRO. ¡Señor!
- GONZ. Tú siempre has sido travieso y me has ayudado siempre en estos negocios.
- NEGRO. Cierto.
- GONZ. Por usted tengo ganado un lugar en el infierno.
- GONZ. Si me presento yo, puede que despierte su recelo, pero tú... ya es otra cosa, y en cuanto encuentres un medio de entrar en la casa tú, procura que yo entre luego.
- NEGRO. ¿Y si no le quiere á usted?
- GONZ. ¡Ay! Negro, no digas eso... anoche, muy tarde ya, Me dijo una voz secreta que allí estaba mi embeleso, y una cancion entoné mi pasion encareciendo. Entonces, dulce y suave, un eco del mismo cielo, contestando á la voz mia, me dijo: «¡Espera!...» y esperó.



- NEGRO. Y yo, ¿qué he de hacer, señor?
- GONZ. Reconocer el terreno,  
y entrar en la fortaleza,  
por sorpresa ó combatiendo,  
como Dios te dé á entender...
- NEGRO. No mezcleis á Dios en eso.
- GONZ. Bueno; el caso es que has de entrar  
porque yo pueda entrar luego...  
Entro yo, y esa paloma,  
que está en prisiones sufriendo,  
vé el cielo...
- NEGRO. ¿El cielo es usted?
- GONZ. Abierto...
- NEGRO. ¡Si, bien abierto!
- GONZ. Tiende las alas y vuela  
en alas del amor ciego...
- NEGRO. ¡Pobrecita! La mujer  
que empieza volando, creo  
que al postre y al fin, acaba  
arrastrada por los suelos.
- GONZ. Si es una muchacha insípida,  
vulgar en sus pensamientos,  
que mi ilusion desvanece,  
si es solo un busto bien hecho,  
y tiene poco de aqui,  
(Señalando al corazón.)  
al pintor se la devuelvo.
- NEGRO. Como si fuera una chupa.
- GONZ. Pero si es como presiento  
una mujer superior,  
espiritual, me quedo  
con ella, y hasta me caso  
con ella.
- NEGRO. ¡Malo me he puesto!  
¿Su merced piensa en casarse?...
- GONZ. Ya no tiene usted remedio.
- GONZ. Basta ya de observaciones.  
Ahora que vá anocheciendo...  
llégate á la fortaleza  
y haz un reconocimiento...
- NEGRO. Pero oiga usted...
- GONZ. Obedece.

Yo mi amor te recomiendo.

El billete que te dí...

NEGRO. (Sacándolo del bolsillo.)

Aquí está...

GONZ.

Bien; pronto vuelvo. (Váase.)

### ESCENA III.

NEGRO.

Y ¿qué hago yo?... Si pudiera  
dar á esa niña esta carta...

Pero, ¿cómo? (Mirando á la casa.)

Á piedra y lodo

han cerrado las ventanas,

y es imposible... ¡Qué idea!...

Cantaré con esta gracia

que Dios... no me dió ni tengo,

un par de coplas gitanas,

y puede que alguien se asome...

para rociarme con agua,

si no es que de un ladrillazo

aquí me rompen el alma.

### MÚSICA.

¡Ay! dime, blanca paloma,

dime por qué siendo blanca

tienes tan ennegrecida

para mi penilla el alma.

¡Alza, salero!

¡que yo te quiero!

Sal aquí ya,

y no hagas caso

de los escrúpulos

de tu papá.

Dices que en prisiones gimes...

pues aquí vengo yo á darte

libertad y otros excesos

que no te dará tu padre.



(Ábrese la puerta de la casa y sale Blanca.)

¡Alza, salero,  
que yo te quiero!  
¡Sal aquí ya,  
y no hagas caso  
de los escrúpulos  
de tu papá!

#### ESCENA IV.

NEGRO, BLANCA.

BLANCA. (Recatando el rostro con el manto.)

¿Quién llama?... ¿Qué quiere el niño?

NEGRO. (Sorprendido.) ¡Niño me llama!... ¡Qué tal!

Y esta es la paloma incauta  
que llora por libertad!

BLANCA. ¿Es por mí?

NEGRO. Pienso que sí.

BLANCA. ¿Y quién es su mercé?

NEGRO. Se lo diré yo á usted.

Mi señorito,  
el condenado  
se ha enamorado  
de ese palmito.  
Y todo el día,  
toda la noche  
el pobrecito  
está en un ¡ay!

Y cada suspiro  
que lanza á los vientos  
ablandaría

un pedernal.

¡Ay! todo el día  
lo pasa en un grito

mi señorito  
llorando y diciendo:

«¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!  
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!»

BLANCA. No es eso por mí.

NEGRO. Yo pienso que sí.

BLANCA. También mi amita

enamorada  
la desgraciada ¡  
está malita.  
Y todo el día,  
toda la noche  
la pobrecita  
está en un ¡ay!  
Y cada suspiro  
que lanza á los vientos  
ablandaría  
un pedernal.  
¡Ay! todo el día  
llorando mi amita  
la pobrecita  
lo pasa diciendo:  
«¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!  
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

NEGRO. (Sacando la carta.)  
Pues de parte de mi amo  
esta carta.

BLANCA. (Rechazándola.) Quite usted.  
Amo mio es una fiera,  
y á la niña nadie vé.  
Y yo no tomar cartitas,  
que si amo sabe que si,  
á doncella Blanca pega...  
¡Ay! pobrecita de mí!...  
Pensé que era á mí el cantar  
y por eso aqui salí...

NEGRO. Si tú quieres... yo por mí...  
¡A ver la cara!...

BLANCA. (Apartándole.) ¡Arre allá!

NEGRO. Si quieres ser tercera  
de mi señor,  
puede que yo te quiera.

BLANCA. ¡Ay! ¡eso no!  
Si su mercé me quiere  
le quiero yo,  
pero sin que yo tome  
tal comision.



Trabajo como una negra  
y no tengo libertad,  
y yo quiero que me quieran  
porque me quiero casar.  
Yo soy doncellita Blanca,  
soy muy tierna, y ya verás  
si me dice cosas tiernas  
cómo me pongo á llorar.

¡Qué de cariñitos

le haré!

¡Qué de suspiros

daré

cuando casadita

con él esté!

¡Ay! ¡ay! ¡ay! etc.

NEGRO.

(Puede que tenga la cara

de la burra de Balám

y ya me pone la tonta

antes la horca que el lugar.)

Yo soy doncellito Negro

y muy duro de pelar.

Si solo pides suspiros

esos no te faltarán...

¡Qué zalamerita

que es!

¡Qué pegajosita

también!

La niña parece

que es de pez.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! etc.

(Repiten juntos y Negro abraza á Blanca.)

## ESCENA V.

DICHOS, CORO DE VIEJAS.

Las viejas han salido momentos antes, y en el atrio de la iglesia  
enciende cada una una linternilla.

DOS Ó TRES VIEJAS. (Viendo á Blanca y á Negro.)

¡Qué escándalo! ¡Junto al templo

del Señor!...

Una dama y un galán

¡qué horror!

arrullándose allí estan!

TODAS. ¡Vaya un ejemplo  
de moralidad!

(Mientras cantan las viejas, Negro insiste para que Blanca tome la carta. Acércanse todas, ocultando las linternas. Es completamente de noche.)

TODAS. ¡Condenados, venis junto al templo  
á dar el ejemplo de escándalo tal!

BLANCA. (Asustada.)

¡Eh!

NEGRO. ¿Qué es esto? ¿De dónde han salido?

CORO. ¡No habeis aprendido pudor y moral!

TODAS. Calla, calla, que pronto ella y tú,  
por obra y gracia de Belcebú,  
tendreis la cara sin remision  
negra, tan negra como un tizon.

Condenados

y dejados

de la mano de Dios

ya estais los dos.

Ella y tú

esclavos sois

de Belcebú.

(Todas sacan las linternas y las acercan á las caras de Blanca y Negro. Una de ellas tira del manto de Blanca, que queda descubierta.)

BLANCA. ¡Jesus!

VIEJAS. ¡Jesus!

¡Hagámosles la cruz!

NEGRO. (Espantado al ver á Blanca.)

¡Jesus!

¡Ya está ella negra! ¡Jesus!

(Las viejas vânsse precipitadamente. Blanca éntrase corriendo en la casa, y queda Negro en la escena aterrificado.)



ESCENA VI.

NEGRO.

HABLADO.

¿Qué es esto que por mí pasa?...  
Esas brujas... ¿dónde estan?  
«¡Negros os vereis!» dijeron  
con acento sepulcral...  
y lo que es ella... la pobre  
ya no puedé estarlo mas...  
¡Válgame los reyes magos!...  
¡Si estaré tambien yo igual!...  
¡De hijo!... Para ser negro  
tengo adelantado ya  
el nombre... Conque faltábame  
¡pues! el color nada mas...  
(Tocándose la cara con las manos.)  
¡Á ver!... Mi cara está ardiendo  
como si tuviera cal...  
No, pues cal no puede ser...  
¡á no ser que por allá  
haya cal negra!... ¡Dios mio!  
¡Si me pudiera lavar!...  
(Vuelve á tocarse la cara con las manos.)  
¡No!... y el color no se suelta...  
y es tan pegajoso y tan...  
Es que me han pintado al óleo  
para que me dure mas.

ESCENA VII.

NEGRO, GONZALO. Vuelve por donde salió.

NEGRO. (Viéndole.)  
¡Ay, señor del alma mia!  
míreme usted á la cara  
y dígame si soy negro,  
mas negro que antes.

GONZ. ¿Qué pasa?

- ¿Qué has hecho?
- NEGRO. Yo no. Á mí si me han hecho la triste gracia de hacerme negro.
- GONZ. ¿Qué dices?
- NEGRO. ¡Ay! calme usted ya mis ansias...  
¿Soy negro, ó mulato, ó medio cuarteron?
- GONZ. (Incomodado.) ¡Basta de chanza!  
¿Diste la carta?
- NEGRO. ¡Si, si!
- GONZ. ¿Á quién viste?
- NEGRO. Á una muchacha infeliz que aqui conmigo estuvo en sabrosa plática, y por arte del demonio se ha vuelto negra á su casa.
- GONZ. ¡Negra!
- NEGRO. Si, como un tizon.  
Lo mismo que yo...
- GONZ. (Amenazándole.) ¡Canalla!  
¿Quieres burlarte de mí?
- NEGRO. Mire su merced mi cara y usted será el que se burla.
- GONZ. Pero ¿qué demonios hablas?  
Di, pronto, hiciste mi encargo?
- NEGRO. No, señor... yo no he hecho nada.
- GONZ. (Corriendo tras él.)  
¿Y con esa desvergüenza me lo dices?
- NEGRO. (Huyendo.) Pues yo...
- GONZ. ¡Aguarda!...  
(Deteniéndose en la esquina de la calle.)  
¿Qué veo?... ¡El pintor con ella!  
(Á Negro.)  
¡Apártate aqui!
- NEGRO. ¡Yo!...
- GONZ. ¡Y calla!  
(Ocúltanse los dos en el átrio de la iglesia, á tiempo que salen D. Diego, Elena y Lince.)



ESCENA VIII.

DICHOS ocultos, D. DIEGO, ELENA, LINCE.

- DIEGO. (Á Lince que viene detrás.)  
Mira, Lince, si hay alguno  
que nos siga.
- ELENA. ¡Qué aprension!
- DIEGO. Elena, hay mucho moscon  
en Madrid y mucho tuno.
- LINCE. No hay nadie, señor.
- DIEGO. Elena,  
ven, y tú entra en casa á decir (Á Lince.)  
á Blanca, que puede ir  
previniéndonos la cena.  
¡Qué vida tan sosegada  
la tuya, sobrina mia!...  
(Lince entra en la casa y sale poco despues.)
- ELENA. (Con ironía.)  
¡Eso mucho! ¡Todo el dia  
estoy en casa encerrada.
- GONZ. (¡Pobrecita!)
- DIEGO. Asi, sin tasa  
gozas, sobrina, el placer  
mas útil á la mujer,  
el placer de estar en casa.
- ELENA. ¿Placer útil?...
- DIEGO. Y el mejor  
y mas saludable.
- ELENA. ¡Tio!...
- LINCE. Si; evita en invierno el frio  
y en el verano el calor.
- DIEGO. De mil peligros se vé  
libre quien en casa pasa  
la vida... ¡Fuera de casa  
está el abismo!...
- GONZ. (Si, ¿eh?...) )
- ELENA. Pero, ¿qué peligros son  
esos?....
- DIEGO. No hay por que te asombres.  
Primer peligro; los hombres.

:

ELENA. No entiendo.

DIEGO. Pues atención.

Vá una mujer por la calle,  
pasa uno y dice: «¡Salero!»  
pasa otro y dice: «¡Lucero!»  
pasa otro y dice: «¡qué talle!»  
Otro al verla tan galana  
dice con mucho donaire:  
«¡Nunca se me cuela un aire  
»como ese por la ventana!»  
Tanto piropo escuchando,  
la mujer, preciada ya,  
vé que en su pecho se vá  
la vanidad despertando.  
Engendra la vanidad  
pronto la coquetería,  
y esta sí, sobrina mía,  
que es dañina enfermedad.

ELENA. ¿Y yo soy coqueta?...

DIEGO.

No;

pero lo pudieras ser...  
Para serlo una mujer  
necesita poco... Yo  
no dudo de tu recato,  
pero... quien la ocasión quita,  
Elena, el peligro evita  
y de eso es de lo que trato.  
Y ahora, Elena, saber quieres  
cuál es el riesgo segundo  
de la mujer en el mundo?...

ELENA. Vamos á ver.

DIEGO.

Las mujeres.

Toman de la letra al pie  
lo que dice el catecismo.  
«Amarás como á tí mismo  
»al prójimo...»

ELENA.

Bien; ¿y qué?

DIEGO.

Que aman al prójimo, sí,  
pero á la prójima, no.

ELENA.

Nunca he pensado eso yo.

DIEGO.

No estoy hablando de tí.  
No hay regla sin excepción,



pero hablando en general  
se tienen odio cordial  
las hembras en mi opinion.  
Si todas hermosas fueran,  
si fueran muy ricas todas,  
si todas hicieran bodas  
buenas, no se aborrecieran;  
no es posible que esto sea,  
y hé aqui lo que se explica  
que odie la pobre á la rica,  
que odie á la hermosa la fea,  
que envidie la solterona  
de la casada la suerte,  
y que á la que se divierte  
calumnie la santurrona.  
Gran daño pueden hacer  
á las mujeres los hombres,  
pero mas, aunque te asombres,  
la mujer á la mujer.

Por eso quiero—¿qué quieres?...  
aprension será quizás...—  
que no trates tú jamás  
con hombres ni con mujeres,

ELENA. (¡Ay! ¡cuánto sermon! Me ahoga!)

DIEGO. Yo sé que tú no eres lerda,  
y que serás siempre cuerda...

ELENA. Pero, ¿qué cuerda ni sogá?...  
¡Vaya! ¡que ya no hay paciencia!

¡Siempre la misma cancion!  
¿Á ver, qué peligros son  
los que amagan mi existencia?  
Á persona humana veo.  
No está nadie al lado mio...  
Solo vos que sois mi tío,  
y á mas de tío... (tan feo...)

GONZ. ¡Ay, qué donosa!

DIEGO. Sobrina,  
es fundado mi temor...  
(Que lo diga el trovador  
que se pone en esa esquina.)

ELENA. (Mirando hácia la iglesia.)  
(¡Allí hay un hombre! ¡Será

- mi trovador misterioso?...)
- DIEGO. Yo velo por tu reposo,  
Elena.
- ELENA. Si; lo sé ya,  
mas no me avengo á vivir  
en perpétua reclusion.
- GONZ. (¡Dice bien!)
- LINCE. Tiene razon.
- ELENA. Yo me quiero divertir.  
Soy jóven, el tiempo pasa...  
Si no me divierte ahora...
- DIEGO. Pues diviértete en buen hora,  
pero diviértete en casa.
- ELENA. ¡Sola!... ¡No sé de qué suerte!...
- DIEGO. Pues yo que tanto te quiero,  
¿no estoy á tu lado?
- LINCE. Pero  
con usted no se divierte.
- DIEGO. Me pondré á jugar al toro.
- ELENA. Yo pienso que una mujer  
bien se puede distraer  
sin exponer su decoro.
- DIEGO. Sobrina, tú desatinas.
- ELENA. ¡Ni un dia al corral iremos!
- DIEGO. ¿Para qué? Corral tenemos  
en casita y con gallinas.
- ELENA. ¡No voy á un baile!
- DIEGO. Ni falta.  
El baile es saltar.
- ELENA. ¡Qué afan!
- DIEGO. ¡Y hay muchos tunos que estan,  
hija mia, á la que salta!
- ELENA. ¡Cuando á las vecinas veo  
que van al Pardo de gira!...
- DIEGO. ¡Á comer bellotas!... ¡Mira  
qué decoroso deseol!
- ELENA. Tengo tantas ganas de  
ver las comedias...
- DIEGO. ¿Si?
- ELENA. Si.
- DIEGO. Yo iré á ver algunas, y  
luego te las contaré.



- Quiero, sobrina del alma,  
que vivas en calma.
- ELENA. ¡No!...
- Pues no vivo en calma yo,  
como yo vivo es con calma.
- DIEGO. No me culpes solo á mí,  
si quiero, niña, guardarte...  
Échale la culpa al arte  
que necesita de tí.  
Copio tu rostro divino  
en mis cuadros mas preciados...  
y mis cuadros son buscados  
por tu rostro peregrino.  
El dia que una pasion  
hiera tu pecho cruel,  
arrojaré yo el pincel,  
y no hallaré inspiracion:  
No veré en los labios rojos  
de tu boca purpurina  
esa pureza divina,  
ni esa inocencia en tus ojos.  
No podré pintar la calma  
y la paz de tu conciencia...  
¡Pintaria la impaciencia,  
la intranquilidad del alma!...
- ELENA. ¡Ya me vais á hacer llorar!...
- DIEGO. No, Elena... Tú serás buena,  
y tú no querrás, Elena,  
que yo deje de pintar.
- ELENA. (Mirando al átrio de la iglesia.)  
¡Él es!... ¡Me lo dice ya  
el corazon!...
- DIEGO. Entra, Elena,  
en casa, y preven la cena,  
que pronto vuelvo.  
(Lince se levanta del banco donde se habrá sentado  
al comenzar la escena, se acerca á la puerta de la  
casa, dá un golpe y aquella se abre.)
- GONZ. (Muy contento.) (¡Se vá!)
- ELENA. (Entrando en la casa.)  
(¡Ay! ¡suerte tirana!)  
(Ciérrase la puerta.)

DIEGO. (Á Lince.) Vamos  
en un vuelo á la posada,  
á ver si ya de Granada  
ha llegado el que buscamos.

### ESCENA IX.

LINCE, D. DIEGO, GONZALO y NEGRO.

LILCE. (Deteniendo á D. Diego.)  
Señor, venga usted acá,  
y diga si me equivoco.  
¿Usted quiere á su sobrina?

DIEGO. ¿Qué dices?

LINCE. Que á lo que noté  
sería usted muy capaz  
de acuerdo con el demonio,  
de casarse con la niña.

DIEGO. ¡Yo!

LINCE. Sería mal negocio,  
que ella niña y usted viejo...

DIEGO. No soy tan viejo.

GONZ. (¿Qué oigo?)

LINCE. Si tiene usted treinta años  
lo menos en cada ojo...

DIEGO. Calla y ven á la posada  
á ver si vino ese prójimo.

### ESCENA X.

GONZALO, NEGRO, luego ELENA dentro.

GONZ. (Bajando del átrio de la iglesia, muy contento, seguido de Negro.)

¡Me quiere! Me adora!... ¡Es claro!...

Si, Negro, no me equivoco...

¡Miraba aquí!... ¡Si yo he visto  
cómo brillaban sus ojos!...

Ese viejo es un tirano,

(Paseándose muy contento.)

un egoísta, un monstruo...

Y debe tener dinero...



Y debe estar achacoso...  
y debe quedarle ya  
de vida,—es claro,—muy poco,  
y ella le debe heredar...  
y yo debo ser su esposo...  
que debo tener en cuenta  
lo que debo, que no es poco,  
y debo pagarlo por  
lo que me debo á mí propio,  
y así quedarán pagados  
mis acreedores indómitos,  
y pagada ella también,  
y pagado mi decoro,  
y pagado tú, pagándote  
cuatro doblones de á ocho,  
si con maña y travesura  
me ayudas en el negocio.

NEGRO. Todo lo haré, pero dígame  
si hay variacion en mi rostro.

GONZ. ¿Qué variacion ha de haber?...

NEGRO. ¡Mire usted bien!

GONZ. ¿Eres tonto?...

(Se oye el preludio de una arpa.)

¡Calle!... ¡calle!... Es ella, ¡sí!...

(Mirando á la ventana mas alta, que se vé iluminada.)

¡Ese es su cuarto!... ¡Demonio!...

Si no estuviera tan alto...

¡Ven! por si vuelven los otros.

(Se retiran un poco hácia el fondo.)

---

MUSICA.

ELENA. (Dentro.)  
Cuando la estrella de la mañana,  
mensajera del límpido sol,  
campañas y bosques engalana,  
¡llorando estoy!  
Cuando toca la triste campana  
en la tarde á piadosa oracion,  
¡ay! lo mismo que por la mañana  
¡llorando estoy!

¡Es el mal que padezco,  
¡la soledad!...  
¿Por qué yo no merezco  
felicidad?...  
¡Ay! siempre, siempre,  
¡llorando estoy!  
¡Nadie me saca  
de la prision!...

GONZ. Es el mal que padeces,  
¡la soledad!  
¡Ay! ¡niña! si mereces,  
¡felicidad!...  
Yo siempre, siempre  
pensando estoy,  
cómo sacarte  
de la prision.

NEGRO. Es el mal que padece,  
¡la soledad!...  
Mejor es que el remedio,  
¡la enfermedad!  
¡Ay! cuando salgas  
de la prision,  
verás que libre  
estás peor.

ESCENA XI.

D. GONZALO, NEGRO.

HABLADO.

GONZ. Al alma me llega  
su acento divino.

NEGRO. Señor, por los clavos  
divinos de Cristo,  
por todas las llagas  
del santo Francisco,  
por todos los santos  
de aquel feliz siglo  
de las once mil vírgenes,  
por todos los niños



que el bruto de Herodes  
mandó hacer añicos,  
por los animales  
del arca que hizo  
el gran cosechero  
que á la tierra vino,  
por aquella burra  
que habló y dejó vizcos  
á todos, hablando  
mejor que un ministro,  
caed de la vuestra,  
volved en vos mismo,  
que si no, ya os veo  
parar en marido...

GONZ.  
NÉGR0.

Debe ser un ángel.  
Cuando pase el ímpetu  
del amor, no creo

que digais lo mismo,  
que es el matrimonio  
muy bueno al principio,  
pero luego es cosa

de pegarse un tiro.  
Que la esposa pide  
y pide sin tino,  
que pide una joya,  
que pide un vestido,  
que está luego en cinta  
y tiene caprichos  
y antojos sin cuento...

—«Yo quiero un borrico!»

—«Yo quiero comerme  
los zapatos fritos.»

—«Yo quiero ensalada  
de ojos de mosquito...»

«Si no, ¡que á mi esposo  
le saquen el hígado!»

La esposa hace siempre  
la guerra al marido,  
y si él dice flautas,  
contesta ella pitos...

GONZ.  
NÉGR0.

Ya me enfadas, Negro...  
¡Aun no he concluido!»

- Luego el niño nace...  
GONZ. Déjame de niños.  
NEGRO. Luego echa los dientes.  
GONZ. Los tuyos te quito  
si no callas...  
NEGRO. Luego  
se anuncia otro niño...  
GONZ. (Mirando á la derecha.)  
¡Que vuelven! ¡Apártate!  
NEGRO. Y ya son dos niños.  
GONZ. (Viendo volver á Lince y D. Diego.)  
Apártate y calla.  
NEGRO. Ya os veo marido. (Se ocultan en el ático.)

## ESCENA XII.

DICHOS, ocultos, D. DIEGO, LINCE.

- DIEGO. Ese señor de Granada  
nunca acaba de llegar.  
LINCE. Sin duda es que no ha venido.  
DIEGO. Eso es claro, eso será.  
Para todo, Lince, tú,  
eres un lince especial...  
que ni oye, ni vé, ni entiende...  
LINCE. Pues de mas hago á mi edad.  
DIEGO. Eso es verdad... ¡Pobre Lince!  
Ya debes tú descansar...  
En llegando tu sobrino  
del pueblo descansarás...  
GONZ. (¡Un criado tonto y ciego!)  
DIEGO. (Á Lince.)  
¡Sabes que me empieza á dar  
mala espina la tardanza  
de ese señor? si en verdad...  
LINCE. Dios sabe lo que...  
DIEGO. Escribíome  
unos seis meses hará,  
pidiéndome algunos cuadros  
que, por favor singular,  
se encargaba él de vender  
á los ingleses que van



á comprar preciosidades  
á la morisca ciudad.  
Tomé informes del sujeto;  
diéronmelos á cual mas  
favorables, y los lienzos  
le envié sin vacilar.

Acusóme su recibo;  
pasó tiempo, y hace ya  
cuatro semanas bien largas  
que volvió á escribir el tal  
diciéndome que mis cuadros  
vendió con facilidad  
y con ventaja, y que él mismo  
su importe me entregará,  
porque de un momento á otro  
á Madrid debe llegar.

LINCE. Ya sabe usted que dijeron  
en el meson que quizás  
la galera habrá volcado,  
porque es nuevo el mayoral  
y se duerme en el camino  
con mucha tranquilidad...  
ó quizás la habrán robado  
y á estas horas estarán  
con la cabeza partida  
los que no en la eternidad.

DIEGO. ¡Lo dices con una calma!...

LINCE. No he de ponerme á llorar.  
Ya vé usté... á mí... en cosas que  
ni me vienen ni me van...

DIEGO. Pues para estar yo tranquilo,  
luego, Lince, volverás  
á ver si vino, y si vino  
que se venga al punto acá.

LINCE. ¿Quién? ¿la galera?

DIEGO. No, tonto;  
el granadino.

LINCE. ¡Ya!

DIEGO. ¿Estás?

Por las señas que me dieron,  
es hombre de alguna edad;  
se llama don Juan Molina.

GONZ. (¿Si? No se me olvidará.)

DIEGO. Por supuesto, Lince amigo,  
que antes te asegurarás  
de que es el mismo sujeto  
don Juan de Molina.

GONZ. (¡Ya!)

DIEGO. Mira que hay mucho buscon  
en Madrid, mucho truhan...  
que no reparan en barras...  
No hay que dejarse engañar.

(Por entre los hierros de la ventana iluminada se vé bajar un cordelito, en cuyo extremo viene atado un papel.)

LINCE. Veré de paso si llega,  
que á esa posada vendrá  
tambien el carro de Móstoles,  
mi jóven sobrino Blas,  
que viene á servir á usted  
de criado en mi lugar;  
(Picado.)

porque como yo soy viejo  
y estoy hecho un carcamal,  
y ni entiendo, oigo ni veo...  
y en el mundo estoy de mas...

GONZ. (¡Oh dicha! ¡Ya dentro estamos!)

NEGRO. (Bajo á Gonzalo.)  
¿Cómo?

GONZ. Ya se arreglará.

LINCE. (Á D. Diego.)

¿Entra usted en casa, señor?

DIEGO. Si, llama, que debe estar  
Elena muy impaciente.

(Al acercarse Lince á la puerta, siente que le dá en la cara el cordelito, del que está pendiente la carta.)

LINCE. ¡Virgen de la Trinidad!

DIEGO. ¿Qué es eso?

LINCE. ¡Señor!... ¡Señor!

DIEGO. ¿Qué sucede?

GONZ. (¿Qué será?)

LINCE. Una cartita colgando  
de un hilo.

GONZ. (¡Suerte fatal!)



- DIEGO. ¡Una carta!...  
GONZ. (Para mí sin duda.)  
(Lince desata el papel.)  
DIEGO. ¡Á ver! dáme acá. (Lo toma.)

**MUSICA.**

- DIEGO. (¡Mi niña, mi Elena ya escribe á un doncell... ¡Ay! con cuánta pena veo este papel!)  
LINCE. (Su niña, su Elena ya escribe á un doncel... No puede ser buena, que al fin es mujer.)  
GONZ. (Mi niña, mi Elena me escribe un papel, porque su cadena ya quiere romper.)  
NEGRO. (¡Su niña, su Elena le escribe un papel! ¡Qué vida tan buena te espera con él!...)  
DIEGO. Lince, acerca la linterna. (Lince lo hace.)  
GONZ. (Acercándose.)  
(¡Ay! ¡qué dicha! Lo oiré yo.)  
LILCE. La niña estará muy tierna.  
DIEGO. (Leyendo.—La orquesta toca piano.)  
«Caballero, si lo sois,  
»amparad á una mujer,  
»que de un déspota feroz  
»sufre dura, infcua ley.  
»No me oculteis vuestro nombre  
»y vuestra intencion mostrad.  
»Escribidme cuatro letras...  
»La carta á la cuerda atad...»  
GONZ. (Á Negro.)  
Dáme la carta.

- NEGRO. (Sacándola.) Aquí está.  
(Gonzalo, aprovechando la distraccion de D. Diego y Lince, ata á la cuerda la carta y retrocede inmediatamente.)
- DIEGO. (Continuando.)  
«Yo tiraré de la cuerda  
»cuando deis como señal  
»una palmada... Si hay gente,  
»á que esteis solo esperad.»
- GONZ. (¡Una palmada!)
- DIEGO. ¡Dios mio!
- GONZ. (¡Cómo haré?)
- DIEGO. (Que ha roto la carta inmediatamente despues de leerla, al decir «¡Válgame Dios!» levanta las manos, y con la mayor sencillez dá una palmada. Inmediatamente empieza á subir el cordel con la carta atada al extremo.)  
¡Válgame Dios!
- LINCE. (Viendo que sube el cordelillo.)  
¡Señor, señor!... Usted mismo...
- GONZ. (¡Oh dicha!)
- NEGRO. (Á Gonzalo.) ¡La señal dió!...
- LINCE. (Á D. Diego.)  
¡Y mire usted qué prodigio!...  
El cordelillo subió,  
y una carta que sin duda  
el mismo demonio ató.
- DIEGO. (Asombrado.)  
¡Es verdad!
- GONZ. (Á Negro.) ¡Sígueme! ¡vamos!  
Viento en popa vá mi amor.  
(Salen Gonzalo y Negro apresuradamente por la calle detrás de la iglesia.)

### ESCENA XIII.

D. DIEGO, LINCE, VECINOS, VOCES dentro.

- DIEGO. (Sin volver de su asombro y mirando á la ventana.)  
Pero si solos estamos,  
¿cómo ha sido?... ¡Absorto estoy!
- VOCES. (Dentro.) ¡Pára! ¡Pára!



—¡Á ese! ¡á ese!

—¡Dáte, perro!

—¡Ah del rey!

(Ábrese las ventanas de las casas y aparecen en cada una una ó dos personas con luces.)

DIEGO. ¿Qué sucede?

LINCE. ¿Qué ha pasado?

VOCES. ¡Dáte, perro!

—¡Ah del rey!

LOS VECINOS. ¡Vecinos! ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Decid!...

LINCE. Que el diablo ha llegado  
sin duda á Madrid.

DIEGO. Algun delito  
se cometió.

TODOS. ¡Á casa! ¡á casa!  
será mejor.  
Antes que venga  
la Inquisicion.

(Éntranse D. Diego y Lince en su casa.—Los Vecinos cierran las ventanas y las vuelven á abrir al aparecer la ronda.)

#### ESCENA XIV.

La RONDA, CORO DE VIEJAS, que vienen detrás de la Ronda.

RONDA. Corriendo por esas calles  
dos hombres van.  
Sin duda que cometieron  
algun desman.

VIEJAS. (Á la Ronda.)  
Sepa, sepa la justicia  
de la Santa Inquisicion,  
lo que aqui en esta plazuela  
esta noche aconteció.  
Uno y una aqui se hallaban  
en dulce conversacion...  
Se abrazaban, se besaban  
junto al templo del Señor.  
Á advertirles su delito  
vinimos con santa uncion,

y la dama, que era blanca,  
negra, negra se volvió...  
y ¡ris!... desapareció.

TODOS. El milagro está patente.  
Castigo ha sido de Dios.  
¡Pronto! pronto á los vecinos  
vá á tomar declaracion.

(Los de la Ronda llaman á todas las puertas, que se abren, así como las ventanas.)

RONDA. ¡Ah! ¡del rey!  
¡Abrid! ¡abrid!  
¡á la Santa Inquisicion!

(Ábrese la puerta de la casa de D. Diego y aparece Blanca con una luz en la mano. Todos al verle dan un salto atrás.)

TODOS. ¡Horror! ¡Horror!  
¡La endemoniada!  
¡La castigada  
por el Señor!...

(Blanca queda alelada. Las viejas y la Ronda la miran con espanto. Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE ESBIRROS.

Durante el preludio se levanta el telon. Vá amaneciendo; tocan las campanas al alba; los esbirros, que estan tendidos en el átrio de la iglesia, ó recostados en los portales, se incorporan esperezándose.

CORO.

La noche pasó,  
y nada ocurrió.

No en vano la ronda  
aquí pernoctó,  
y á los diablos que sueltos andaban  
por esta plazuela  
bien pronto ahuyentó.

Eran ciento, doscientos, trescientos  
los diablos que andando de aqui para allí,  
retozones, horribles, sangrientos,  
á hacer de las suyas vinieron aqui.

Yo los ví.  
Yo los ví,  
mas no acierto  
si cuando los ví  
me hallaba dormido ó despierto.

(Bostezando.) ¡Ah! ¡Ah!  
Á dormir  
vamos, pues.  
Razon es,  
que la justicia cuando trasnoche,  
quiera hacer luego del día noche.  
Á dormir  
vamos, pues.

(Ábrese la puerta de la casa de D. Diego y sale este.)

## ESCENA II.

DICHOS D. DIEGO.

DIEGO. (Viendo á la ronda.)

¡La ronda aquí!

(Llamando.) ¡Chis! ¡Chis!

CORO.

¡Eh! ¿Quién es?

DIEGO.

(La ronda aquí está.

Prudente será

ponerla en autos de lo que pasa,  
y así segura tendré la casa.)

Señores esbirros,  
¡oid, escuchad!

CORO.

¿En qué necesita  
nuestra autoridad?

DIEGO.

¡Oid, escuchad!

Un tesoro de valor  
en mi casa conservé,  
un tesoro que mi amor  
y mi vida toda es.

CORO.

(Rodeándole con curiosidad y codicia.)

¡Conque un tesoro!... ¿eh?

DIEGO.

El tesoro que amo así  
es una niña sin par,  
una flor, un querubin,  
un asombro de beldad.

CORO.

(Con ironía y esperezándose.)

¡Conque una niña!... ¡ah!

DIEGO.

Solicítala un galán;  
por demas osado es,



- y procura con afan  
que se vaya ella con él.
- CORO. (Con malicia.)  
¿Conque que se vaya!... ¿eh?...
- DIEGO. A la ronda toca pues  
estos sitios vigilar,  
y evitar que ese doncel  
cometer pueda un desman.
- CORO. (Bostezando.)  
¿Conque á la ronda?... ¡ah!
- DIEGO. A quien me libre  
por siempre de él,  
agradecido  
yo le daré...
- CORO. (Con codicia.)  
¿Qué? ¿qué?
- DIEGO. La mano en prueba  
de mi amistad,  
que suya siempre,  
suya será.
- CORO. (Burlándose.)  
¡Ah! ¡Ah!
- DIEGO. Que la ronda  
me proteja:  
esto pido  
nada mas;  
que vigile  
la plazuela  
y los pasos  
del galan.
- Esto ha de ser,  
y esto es lo que espero  
que la ronda ha de hacer,  
para impedir  
que el galan su intento  
pueda conseguir.
- CORO. Si á la niña  
le complacen  
los amores  
del galan,  
harán ambos,  
no hay escape,

su suprema  
voluntad.  
Esto ha de ser,  
que es cosa imposible  
que se guarde á una mujer.

(Unos á otros.)

¡Vaya! á dormir.

(Á D. Diego.)

Y ojo; que la niña  
se os puede ir. (Vánse.)

---

### ESCENA III.

D. DIEGO, LINCE. Lince al terminar el coro aparece en la  
puerta de la casa de D. Diego.

#### HABLADO.

LINCE. ¡Toda la noche despierto!...  
No puedo tenerme en pie.

DIEGO. (Viéndole.)

Queda aqui de centinela,  
y que nadie este dintel  
traspase en tanto que yo  
ausente de casa esté.

LINCE. ¿Y si viene el granadino?

DIEGO. Que espere ó venga despues.

LINCE. ¿Y si mi sobrino llega?

DIEGO. Que se espere aqui tambien.

LINCE. ¡Bueno!

DIEGO. De nadie me fio.

Ese incógnito doncel  
que enamora á mi sobrina,  
de fijo intenta romper  
la valla que le separa  
de ella... y juro á Dios que  
no lo ha de lograr en tanto  
que yo aliente.

LINCE. ¡Vaya! ¿quién  
sabe si lo logrará?

DIEGO. No ha de lograrlo, no á fé.

LINCE. ¡Ay! ¿no sabe usted, señor,



- que es guardar á una mujer  
mas difícil que enseñar  
á jugar al tute á un buey?
- DIEGO. Ella nõ saldrá de casa  
mientras no lo olvide.
- LINCE. Bien.  
Si ella de casa no sale  
puede que en casa entre él.
- DIEGO. ¡Él no entrará!...
- LINCE. ¡Bah! ¿Quién sabe?...  
Ejemplos se han visto de  
no entrar el novio en la casa  
ni á la novia poder ver,  
y sin embargo... ¡Ay, señor!  
lo que debe usté hacer es,  
si el galan quiere casarse,—  
que ella si querrá...—
- DIEGO. ¿Qué? ¿Qué?...  
¡Casarse mi Elena!... ¡No!...  
Entregarla á... no sé quién...  
á quien hoy puede quererla  
y la odie luego tal vez,  
á quien quizás la maltrate  
y la pueda envilecer,  
si tiene vicios... que nunca  
se saben hasta despues...  
¡Amigos... juego... mujeres!...  
¡Ah, no! conmigo está bien.
- (Lince se ha recostado junto á la puerta y quedado dormido.)  
No fomentaré un amor  
que en nada se funda, y que  
tan pronto como ha nacido  
puede desaparecer...  
¡eso no!  
(Lince, que ha ido resbalándose, vencido por el sueño,  
no, cae.)  
(Viéndole.) ¡Lince!... ¡Demonio!
- LINCE. ¡Te estás durmiendo de pié!
- DIEGO. ¡Pues!... cuando uno no se acuesta...
- DIEGO. Tienes razon... Vete pues...

y duerme hasta que yo vuelva.  
La llave me llevaré...  
Voy á misa nada mas...  
Entra á dormir... ¡Duerme bien!  
Y ten cuidado por Dios  
de la casa.

LINCE. Diga usted,  
¿en qué quedamos?... ¿ó duermo  
ó tengo cuidado de...

DIEGO. Es verdad, perdona.—Duerme  
y descansa en paz.

LINCE. ¡Amen!

(Éntrase Lince en la casa. D. Diego cierra la puerta,  
dá vuelta á la llave, se la guarda en el bolsillo y  
entra en la iglesia.)

#### ESCENA IV.

D. GONZALO con peluca blanca, traje empolvado de camino y  
baston, NEGRO, que han salido momentos antes, y visto entrar  
en la iglesia á D. Diego.

NEGRO. Ha entrado en la iglesia.

GONZ. Si.

Me es propicia la ocasion.

NEGRO. ¿Con que está usted decidido?..

GONZ. Á todo, á todo lo estoy.

Yo he de entrar en esa casa...

¿Estoy bien vestido?..

NEGRO. ¡Oh!

Parece usted un caballero  
muy formal... y muy...

GONZ. Pues voy...

(Dirigiéndose á la iglesia.)

NEGRO. ¿Y dónde vá usted?

GONZ. Á la iglesia,

Entro, me llego al pintor,  
rezo un par de Ave Marias  
mirando con devocion

al cuadro que él ha pintado,  
que está en el altar mayor...

De cuando en cuando muy sério



suelto alguna exclamación,  
por ejemplo: «¡Qué pintura!  
»¡qué ropajes! ¡qué color!  
»¡qué claro oscuro! ¡qué oscuro  
»claro!... ¡Pues y el niño Dios!...»  
¡Y la Virgen! ¡y los ángeles!...  
etcétera.—Su atención  
llamaré de esta manera.  
Y él, en su orgullo de autor,  
oyendo tantos encomios,  
viendo tanta admiración,  
formará, no tengas duda,  
de mí el concepto mejor...  
Y si él mismo no me habla,  
muy sencillamente yo  
le diré con mucho modo:  
¡Podrá usted hacerme el favor  
de decirme á quién se debe  
obra de tal perfeccion?...  
Yo dudo entre Rafael  
y Murillo.—No señor,  
me dirá.—Pues no conozco  
otro, fuera de esos dos,  
que haga tales maravillas...  
—Ese cuadro lo he hecho yo,  
dirá por fin... yo le aprieto  
la mano con efusion,  
deshágome en alabanzas,  
y vuelta á: «¡Vaya un color!»  
¡Qué medias tintas! ¡qué tintas  
enteras! ¡qué entonacion!...  
Le daré la enhorabuena,  
y le diré que yo soy  
por extremo aficionado  
al arte... y á las... y á los...  
y por fin que de Granada  
á la córte hoy con el sol  
he llegado... Me repito  
su seguro servidor  
don Juan de Molina, y él  
reconociendo que soy  
el granadino que espera,

sin recelo ni temor  
me ofrece amistad y casa,  
y él mismo sin dilacion  
á su casa me conduce...  
y despues... ya dirá Dios!...

NEGRO. (¡Dios dirá despues y ahora  
que tú eres un gran bribon!)

GONZ. En tanto que yo en la iglesia  
conquisto á ese buen señor,  
mira tú si la doncella...

NEGRO. ¡La negra!... ¡Libreme Dios!  
Yo que anoche la abracé  
sin reparar el color,  
y abrazándola, abrazaba  
una sera de carbon...

GONZ. ¡Y no se armó mal escándalo  
con la negra!...

NEGRO. Si el pintor  
no sale y dice á la ronda  
la verdad, la Inquisicion  
carga con ella y acaso  
la hubiera quemado hoy!...

GONZ. (Ya en el átrio de la iglesia.)  
Si con él me ves salir  
no te acerques!

NEGRO. ¡Bien, señor!  
(Gonzalo entra en la iglesia.)

### ESCENA V.

NEGRO, ELENA Y BLANCA dentro.

Al mismo tiempo que Gonzalo entra en la iglesia, Blanca aparece en el mirador. Negro se pasea por donde Blanca no le puede

ELENA. Asómate al mirador,  
Blanca, y á ver si le ves.  
Debe estar mirando aquí.

BLANCA. ¡Ay! si viene su mercé  
á doncella Blanca vá  
á sacudirle la piel.



- NEGRO. (Parándose y escuchando.)  
(¿Quién habla?)
- BLANCA. No hay nadie, nadie.
- NEGRO. ¡Ay! ¡la negrita!... Si, ¡eh!  
Pues no ha de verme, que puede,  
(Recatándose.)  
si me llega á conocer,  
que por el susto de anoche...)
- ELENA. Tal vez su criado esté.
- BLANCA. Ama mía, no, no está.  
(Suspirando.)  
¡Ay! ¡qué dolor!
- ELENA. ¡Mira bien!
- BLANCA. No está... ¡*Injato!*... ¡No venir!...  
¡y yo quererle ya!...
- NEGRO. (Escuchando.) (¡A ver!...)
- BLANCA. Ama mía y yo penilla  
tenemos de amor...
- NEGRO. (¡Ay! me  
quiere!... ¡Esta es mas negra!—digo  
mas negra no puede ser.)
- ELENA. Oye, Blanca, por si acaso  
está en la plaza el doncel,  
para que se llegue aquí  
ponte á cantar.
- BLANCA. ¡San José!...  
Y si amo viene pegarme...
- ELENA. Canta, que no ha de volver  
tan pronto, y si está mi amante  
vendrá de este muro al pie...  
¡por la respuesta á su carta!...
- NEGRO. (¡Vaya! que la niña es  
resuelta!...)
- ELENA. ¡Canta, pues, canta!...
- NEGRO. (Si, canta, que lo harás bien!)

---

MUSICA.

- BLANCA. Á la negrita,  
¡qué pena dá  
que nunca el blanco

le dice ná!  
¡Ay! tengo negra  
la cara yo;  
¡pero es mas negro  
su corazon!

¡Ay! blanquito del alma mia,  
no te asustes de mi color,  
y en lo blanco de mis ojitos  
contempla el fuego de mi amor.  
Blanquito maldito,  
permítame Dios que  
la blanca á quien quieras  
te dé con el pié;  
que llores y rabies  
y al diablo te des,  
y el diablo al infierno  
te lleve con él.

Si niño blanco  
quisiera ver  
cómo la negra  
sabe querer,  
pronto veria  
que en el amor  
es la negrita  
la nata y flor.

¡Ay! blanquito del alma mia,  
no te asustes de mi color,  
y en lo blanco de mis ojitos  
contempla el fuego de mi amor.  
Blanquito maldito,  
permítame Dios que  
la blanca á quien quieras  
te dé con el pié;  
que llores y rabies  
y al diablo te des,  
y el diablo al infierno  
te lleve con él.

NEGRO.

¡Canela! morena,  
¡qué lástima que es  
que tenga la cara



lo mismo que pez!  
¡Canario! ¡Por Cristo  
que oyendo su voz,  
casi, casi siento  
no ser negro yo!

**HABLADO.**

- NEGRO. (¡Vamos! la voz de la negra  
mejor que su cara es.)  
BLANCA. Ama mía, nadie llega...  
ELENA. ¡Bien! ¡entra! ¡cómo ha de ser!... (Triste.)  
(Desaparece Blanca de la ventana, y al mismo tiempo aparecen en el átrio de la iglesia D. Diego y Gonzalo; este dando el brazo á aquel.)

**ESCENA VI.**

D. DIEGO, GONZALO, NEGRO.

- NEGRO. (Viéndolos.)  
(¡Hola! ¡ya lo engatusó!)  
(Se retira hácia el fondo.)  
GONZ. (Bajando de la iglesia.)  
¿Quién habia de pensar?  
DIEGO. Y su venida ¿qué azar  
tantos días retrasó?  
GONZ. (Dando á sus palabras el acento andaluz.)  
Ocupaciones;—las mias  
son infinitas.  
DIEGO. ¡Ah! ¡ya!  
GONZ. ¡Y desde Granada acá  
hemos echado once días!...  
Vino el mayoral borracho...  
volcamos... y nos robaron...  
dos veces... y nos mataron...  
DIEGO. ¿Qué me cuenta usted?  
GONZ. Un macho.  
¡Es mucha lid, si, señor!...  
Quien á viajar se atreva  
por España, ya dá prueba

de ser hombre de valor.  
La vida tuve en un hilo  
con tanto y tanto percañe...  
mas yo en cualesquiera trance  
me encomiendo á san Cirilo,  
y el santo mas que de prisa  
el riesgo aleja de mí.

Por eso he venido aqui  
á oír al santo una misa.

Ni me paré en la posada,  
ni un momento he descansado,  
y no he probado bocado.

(D. Diego le mira muy atento.)

(¡Pues no me convida!... ¡Nada!)

Feliz fui por vida mia  
en hallar á usted... Si no,  
con su casa de usted yo  
no diera ni en todo el dia.

De la posada salí  
una parroquia buscando,  
y he venido preguntando.

¿Vive usted lejos de aqui?...  
Tengo los huesos molidos...  
y no me llevan los pies...

DIEGO. ¡Vivo aqui!

GONZ. (Mirando el sitio.) ¿Cómo? ¿esta es  
la plazuela de Aflijidos?...

¡Buen sitio!... Diga usted, y  
¿por qué tal nombre le dan?...

DIEGO. Por los frailes que ahí estan  
que se titulan asi.

GONZ. ¡Aflijidos!... Á fé mia,  
que es dictado singular.

DIEGO. Si.

¿No harán mas que llorar?

DIEGO. Nada mas en todo el dia...

Asi entretienen el ocio.

GONZ. (Echando á andar.)

Cuando usted quiera, podemos...

DIEGO. (Sin moverse.)

¡Oh! si señor, empecemos  
á hablar de nuestro negocio.



- ¿Gustaron mis cuadros?
- GONZ. ¡Ah!
- DIEGO. ¡Aquella Concepción!...
- GONZ. ¡Oh!
- Aquel semblante causó un asombro que... ¡Ya, ya!
- ¡ya tiene usted buenas manos!...
- ¡Aquel rostro celestial no será copia,—que igual no le hay entre los humanos!
- DIEGO. Pues si señor, copia fiel es del rostro peregrino de mi modelo.
- GONZ. ¡Es divino!
- No lo he visto como él. Yo, sin tanta maestría como usted, si otro tuviera que al de usted se pareciera, ¿qué Concepciones haría!
- DIEGO. ¿De veras?—¿Y quién compró ese cuadro?
- GONZ. Un escribano poderoso, y muy cristiano y devoto.
- DIEGO. ¿Y cuánto dió?
- GONZ. ¡Hombre, ni me acuerdo ya!...
- DIEGO. ¡Hombre! ¿y así lo ha olvidado?...
- GONZ. Pero lo tengo apuntado, y en la lista se verá.
- (Variando de tono, y poniéndose las manos en las caderas.)
- ¡Ay, qué agujetas!... Estoy tan cansado...
- DIEGO. (Mirándole con recelo.)
- (¡Por mi nombre, que presumo que este hombre!... ¡Vaya! á convencerme voy.)
- GONZ. (Echando á andar otra vez.)
- ¡En casa de usted podemos continuar!
- DIEGO. (¡Qué empeño tiene!
- Asegurarme conviene

- antes de que en casa entremos.)  
GONZ. (¿Sospechará?...)  
DIEGO. Diga usted,  
¿y aquella Venus?...  
GONZ. ¡Aquella!...  
Pareció á todos muy bella...  
DIEGO. (Con sorna.)  
¿Tiene buenas formas, eh?  
Sin modelo la hice.  
GONZ. ¿Si?  
DIEGO. ¿Y tambien se vendería?...  
GONZ. Si, señor, el primer día.  
Hay mucha afición aqui.  
DIEGO. (Con sorna.)  
Aqui tambien.  
GONZ. ¡Qué expresion!  
¿Esa valió buena suma!  
DIEGO. ¿Qué tal la espuma?  
GONZ. ¿Qué espuma?  
¡Ah! ¿la espuma del jabon?  
DIEGO. ¡Qué jabon!... si es Venus cuando  
sale de la mar...  
GONZ. ¡Ah! ¡si!  
(Procurando reponerse.)  
Pues mire usted, yo creí...  
DIEGO. ¿Qué?  
GONZ. Que se estaba lavando.  
DIEGO. Lo mismo dá.—Y diga usted,  
¿quién se la llevó?...  
GONZ. (Me apura  
de un modo...) La compró un cura.  
DIEGO. ¡La Venus un cura!  
GONZ. ¡Y qué?  
Era un párroco de Utrera...  
la vió, se escandalizó,  
y vino y me la compró  
para que nadie le viera.  
DIEGO. ¡Santo varon!  
GONZ. En Granada  
se dijo que la quemó.  
DIEGO. Hizo bien; si la pagó  
á mí no me importa nada.



- GONZ. ¿Me traerá usted el dinero?  
(Desconcertado.)  
En haciendo otro viaje.  
Me han robado el equipaje.
- DIEGO. (Con mucha calma.)  
¡Vaya! ¡que es usted embustero!
- GONZ. ¿Cómo?
- DIEGO. Amigo, yo soy ya  
viejo, y tengo buen olfato...  
Me ha dado usted un buen rato,  
mejor que usted lo tendrá,  
cuando le diga yo que  
la Venus que usted decia  
que se vendió el primer día,  
en mi vida la pinté...  
GONZ. (¡Vive Cristo! ¡me clavó!)
- DIEGO. Mas que aquella á no dudar  
le podría á usted gustar  
la que en casa tengo yo.  
Pero, hijo, ¡cómo ha de ser!  
Ella es Venus, yo Vulcano,  
y no habrá medio en lo humano  
de que usted la pueda ver;  
que mi Elena no ha nacido  
para piratas galanes  
como usted!...
- GONZ. (Todos mis planes  
por tierra al fin han venido.)
- GONZ. Pero escuche usted.
- DIEGO. Ya escampa.  
Échese por otro lado,  
porque aqui ya le han calado.
- GONZ. (Maldita sea tu estampa!  
(Variando de tono y apasionado.)

---

MUSICA.

DUO.

- GONZ. Y si la mano os pido  
de esa beldad,

- jurando hacer su eterna  
felicidad...  
decid, ¿qué hareis?
- DIEGO. Nada, porque su mano  
no os la daré.
- GONZ. Y si loco me vuelvo,  
loco de atar,  
y ni un momento os de  
vivir en paz,  
decid, ¿qué hareis?
- DIEGO. Nada; lo hará un garrote  
con que os daré.
- GONZ. Y si yo menos fuerte  
soy que mi mal,  
y yo mismo la muerte  
me llevo á dar,  
decid, ¿qué hareis?
- DIEGO. Solo decir: *¡Requiescat  
in pace amen!*
- GONZ. Y si desesperado  
cojo un puñal  
y os de con él seco,  
sin mas ni mas,  
decid, ¿qué hareis?
- DIEGO. ¡Oh! nada, porque entonces  
ya no podré.  
Mas en tanto que yo aliente  
le diré siempre que no.
- GONZ. Este amor puro y ardiente  
no lo puedo vencer yo.
- DIEGO. Haga un poder.
- GONZ. No puede ser.  
Soy hidalgo.
- DIEGO. Buen provecho.
- GONZ. Sirvo al rey.
- DIEGO. Que guarde Dios.
- GONZ. De amor muero.
- DIEGO. Muy mal hecho.
- GONZ. ¡Sois muy terco!
- DIEGO. Como vos.
- GONZ. Yo he de entrar en vuestra casa.
- DIEGO. ¡Por la puerta no será!



GONZ. ¡Y esta llama que me abrasa!...

DIEGO. Ella al fin se apagará.

Si por la puerta  
no habeis de entrar,  
por los balcones  
podeis probar;  
pero os advierto  
que en el balcon  
quedareis muerto  
como un ladron.

GONZ. Si en vuestra casa  
no puedo entrar,  
otra manera  
sabré buscar.  
De honra es por cierto  
ya la cuestion,  
y así os advierto  
de mi intencion.

DIEGO. Por Dios  
dejad  
de hacer  
el bú,  
y ved,  
señor,  
que aquí  
no hay más.

¡No, por  
mi fél  
Ningun  
valor,  
ningun  
poder,  
me ha de  
lograr  
vencer.

Ceded por Dios,  
que es en verdad  
vuestro amor téméridad.

A DUO.

DIEGO.

Adios!

quedad!  
Me voy  
de aquí.  
Ved de  
llegar  
allí, (Señalando á su casa.)  
si, por  
mi fé.  
¡Pensad  
vencer  
que yo  
bien sé  
que no  
será!...  
¡No, no ha  
de ser!...  
¡Y adios, señor,  
adios quedad,  
y que no halla novedad!

(Saludando irónicamente.)

GONZ.

¡Adios  
quedad!  
Me voy  
de aquí.  
Sabré  
llegar  
allí, (Señalando á la misma casa.)  
si, por  
mi fé.  
Pensad  
vencer,  
que yo  
bien sé  
que no  
será.  
¡No! no ha  
de ser.  
¡Y adios, señor,  
adios quedad!  
y que no haya novedad.

(D. Diego entra en su casa, y cierra la puerta.)

---



ESCENA VII.

GONZALO, luego NEGRO.

HABLADO.

- GONZ. (Pasándose muy inquieto.)  
¡Vive Dios! ¡Yo derrotado!
- NEGRO. (Saliendo por donde entró.)  
¡Yo como un mono corrido!...
- GONZ. ¿Qué es eso?... ¿Qué ha sucedido?...
- NEGRO. (Con sorna.)  
¡Qué! ¡estoy desesperado!
- GONZ. ¿Pues no ha entrado usted, señor?
- NEGRO. (Si ese hombre las pilla al vuelo!)  
Tiene un olfato el abuelo  
que ni un perro de pastor.
- GONZ. (Parándose de pronto.)  
¡Discurramos!
- NEGRO. Discurramos.
- GONZ. (Después de un momento.)  
¡Quemarle la casa!...
- NEGRO. ¡Qué!...  
¡Pues se opone ella á que usted?...  
¡Quemar á su dueño!... ¡vamos!...  
(Mirando al balcón.)  
¡Medir la altura que tiene  
ese balcón es mejor...  
y una escala...
- GONZ. ¡No, señor!
- NEGRO. El balcon no me conviene.  
Puede estar alerta el viejo  
y hacer lo que me ha ofrecido  
y entonces...
- NEGRO. ¡Vaya! ¿y qué ha sido?
- GONZ. Cazarme como á un vencejo.

ESCENA VIII:

Don DICHOS, BLAS, NEGRO

Blas viene vestido de paleta por la calle de la derecha, con unas alforjas al hombro.

- BLAS. (Cantando.) ¡Vive Dios! ¡Yo derrotado!  
¡Ay! ¡Maruja, Marujilla!  
si yo no fuera mas fuerte  
que un toro de cuatro años,  
me darias tú la muerte.  
(Acercándose á Negro.)  
Aunque usted perdona, ¿es esta  
la plazuela de Afligidos?
- NEGRO. (Sin mirarle.)  
Sí; échese usted á llorar.
- BLAS. (Poniéndose delante.)  
Yo venia...
- NEGRO. (Dándole un empujón.)  
¡Arre, borrico!  
(Gonzalo está preocupado mirando á la casa de Don Diego.)
- BLAS. (Á Negro.)  
Si usted quisiera *¡irme*  
qué reza este papelico...  
Lo he venido desde el pueblo  
leyendo, y no lo he *entendido*.  
Como yo no sé leer...
- NEGRO. ¡Qué animal!
- BLAS. Pero me han dicho  
que cualesquiera *presona*...
- NEGRO. ¡Largo de aquí!
- BLAS. Pues me dijo  
mi padre, dice: «en Madrid  
en preguntando el camino,  
*naide* se pierde...» Yo vengo  
á servir á un *individuo*  
que pinta unos santos...  
(Instantáneamente se vuelven D. Gonzalo y Negro, se miran, y se acercan á Blas.)



- NEGRO y GONZ. ¡Eh!
- GONZ. ¡Un pintor!  
(Indicándole la carta que trae en la mano.)  
¡Á ver, amigo!
- BLAS. Ha pintado un san Anton  
para el pueblo, que ni vivo...  
con un tocino tan propio  
á los pies... ¡Animalito!  
¡no le falta mas que hablar!...
- GONZ. (Después de leer el papel.)  
Fortuna, Blas, has tenido  
en dar con nosotros... ¿Pues  
conocen ustedes?
- GONZ. Digo,  
¿te parece á tí si yo  
me conoceré á mi mismo?...  
¡Caramba!... ¿Es usted don Diego?  
(Saludándole con mil contorsiones.)
- GONZ. (Á Negro, ap.)  
¿Adivinas?
- NEGRO. Adivino.
- GONZ. (Á Blas.)  
Tu padre te recomienda  
en esta carta.
- BLAS. (Sacando otra.) Á mi tío  
le traigo estotra.
- GONZ. (Cogiéndosela.) ¿Si?... ¡Á ver!  
(Dándosela á Negro)  
Dásela luego...
- BLAS. Me pirro  
por verle. Quince años hace  
que del pueblo aqui se vino.  
(Sacando una bolsa de cuero y dándosela á Gonzalo.)  
¡Ah! tome usted el dinero  
que me dió el padre Cirilo  
para que lo tome usted  
por el cuadro.—¡Es muy bonito!  
¡Y ha hecho mas milagros ya!...  
Todo Móstoles ha ido  
á verlo, y desde que está  
en la iglesia... ¡es un prodigio!

ha habido mas bodas... ¡vaya!  
pues digo á usted que bautizos...  
¡y entierros!... El sacristan  
dice que nunca han tenido  
tan buen año.

GONZ. ¡Vaya en gracia!  
¿Y tu familia?

BLAS. Lo mismo.

GONZ. (Á Negro.)  
Atencion á lo que diga,  
que tendrás que repetirlo.

BLAS. ¡Ah! mi hermana la Geroma  
se ha casado con Gilito.

GONZ. ¡Hombre!

NEGRO. ¡Con Gilito!...

BLAS. Si.

Pero, lo que yo le digo,  
cón quien ella se ha casado,  
y esto, señor, es lo fijo,  
es con aquel par de bueyes  
que tiene Gil... ¡Es muy rico!  
¡El boticario se ha muerto!...

GONZ. ¡Hombre! ¿si?...

BLAS. De un tabardillo...

de su mujer, que á disgustos  
me lo tenia ya frito.

La hija del tio Merengue  
dió á luz el jueves tres chicos...

y fueron las capuchinas  
las madrinas del bautizo...

y han mandado que le den  
cinco fanegas de trigo

cada año, mientras le vivan...

¡Eso es nacer con buen sino!

Lo malo es que por la noche  
se le murieron los niños.

NEGRO. ¡Qué lástima!

GONZ. Di, y tu madre?

BLAS. Tan gorda.

NEGRO. ¿Y los hermanitos?

BLAS. El mes pasado murió  
el menor.



- GONZ. ¿Si? ¡Pobrecillo!
- BLAS. Si, nació antes y con antes  
de tiempo... y por ser tan vivo...  
Si lo viera usted, en un frasco  
lo tiene padre metido  
conservado en aguardiente.
- NEGRO. ¡Como las guindas!
- BLAS. Lo mismo,
- GONZ. ¿No traes mas equipaje?
- BLAS. Si; traigo otros dos vestidos  
que al venir me dió mi padre  
completos y nuevecitos...  
¡Uno de mi abuelo, y otro  
de su padre! Iré en un brinco  
al meson...
- NEGRO. ¡Qué! ¿allí has dejado  
el equipaje?
- GONZ. Pues, hijo,  
puede que ya no lo tengas.
- BLAS. ¿Qué dice usted?
- NEGRO. (Pobre chico!
- GONZ. Si en Madrid le quitan á uno...
- BLAS. ¡Ay! bien mi padre me dijo  
que anduviese con cuidado  
que en Madrid hay muchos pillos...  
(No lo sabes bien.)
- NEGRO.
- GONZ. (Á Negro.) Vé tú  
con él al meson... (Bajo.) Y listo  
ponle cualquier traje tuyo,  
y tú ponte su vestido...  
Lo dejas luego encerrado  
en el cuartel...
- NEGRO. ¡Ya adivino!
- GONZ. (Dándole la carta y la bolsa que tomó de Blas, y se-  
ñalando la otra que Negro tiene en la mano.)  
¡Y con esas cartas!...
- NEGRO. ¡Pues!
- GONZ. Esta traza ha de servirnos.  
Entras en la casa...
- NEGRO. ¡Yal!
- (Á Blas.) ¡Vamos, Blas!...
- BLAS. ¡Pero y mi tio?...

NEGRO. Luego le verás... Ahora  
fué á un recado muy preciso..  
(Váanse Negro y Blas por donde vino este último.)

ESCENA IX.

GONZALO.

Mirando á la casa de D. Diego.

Yo te buscaré las vueltas,  
pintor de los diablos...  
Si la experiencia te abona  
á mí el ardor de mis años.  
Esa niña que tú guardas  
con cerrojos y candados,  
por mas que la cuides tú  
de tu cariño al halago,  
te vé como el prisionero  
con horror vé al ser menguado  
que al par que le cuida, cuida  
de atarle fuerte las manos.  
Y en mí verá la alegría,  
la libertad, el espacio...  
y sobre todo verá  
que la adoro enamorado.

MUSICA

¡Bien haya mi suerte!  
¡Bien haya mi amor!  
¡Bien haya la niña  
que me cautivó!  
Tendrá mi niña hermosa  
¡ya comezon  
de saber bien qué cosa  
es el amor.  
Y un cargo de conciencia  
fuera no hacer  
que lo pueda mi niña



pronto aprender.

¡Sí por mi fé,  
sí aprenderá,  
que yo en amor  
estoy ya diestro,  
y ha de aprender  
hasta llegar  
á dar leccion  
á su maestro!

¡Bien haya mi suerte!  
¡Bien haya mi amor  
que hoy en esta empresa  
me hará vencedor!

ESCENA IX.

GONZALO, D. DIEGO.

HABLADO.

- DIEGO. (Asomándose al balcón.)  
¿Aun está aqui el trovador?
- GONZ. (Viéndole.) ¡El pintor!...
- DIEGO. Me dá usted envidia,  
caballerito.
- GONZ. ¿Por qué?...
- DIEGO. Por su edad, su lozania  
y por esa fortaleza  
que tiene en las pantorrillas.  
(Zambon.)  
Despues del largo viaje  
que hizo... con tanta averia,  
y sin tomar un bocado...
- GONZ. ¡Se burla de mí!...
- DIEGO. Á la niña  
la encontré muy ocupada  
escribiendo una cartita  
para usted.
- GONZ. ¿Y dónde está?...

- DIEGO. Le daré las pavesitas  
si las quiere... ¡La he quemado!...  
Estaba muy mal escrita...  
Sin puntos, ni comas, ni...  
en fin, sin ortografía...  
Yo no la riño, no tal...  
¡Ella escribe!... ¡Bien! que escriba!...  
Yo le intercepto las cartas...  
y en paz!...  
¡Vive Dios! me irrita!
- GONZ.  
DIEGO. Ella al fin se cansará...  
Mi consejo, y mis caricias  
la convencerán muy pronto  
de que es su amor niñería!...  
GONZ. ¡Ah! ¡qué ideal! Mire usted,  
si quiere usted hoy se firma  
paz perpétua entre los dos.  
Conozco que no podría  
igualarle en suspicacia  
ni en astucia...  
DIEGO. (Con sorna.) ¡Bah! no diga  
usted esas cosas!... ¡Vaya!...  
si usted es la astucia misma!...  
Usted sabe mucho mas  
que yo...  
GONZ. ¡Yo!... qué tontería!...  
DIEGO. (Con intención.) Yo solo sé pintar Virgenes  
copiadas de mi sobrina,  
y Venus,—¡pues! como aquella  
que se vendió el primer día!  
GONZ. ¡Y Negro no viene!—Pues,  
desde ahora, señor artista,  
yo desisto de mi empresa...  
DIEGO. ¿Si? ¡Cuéntaselo á tu tía!  
GONZ. Pero la amistad de usted  
quiero merecer...  
DIEGO. ¡Por vida!  
Si, señor; entre los dos  
habrá la amistad mas íntima...  
Mándeme usted como guste,  
y en aquello que yo sirva...  
Sabe usted que esa plázuela



es de usted, y mi casa... mia.

(Por la reja alta que cae sobre la puerta se vé bajar otra vez un cordelillo, y atada al extremo una carta.)

GONZ. (Viéndolo.)

(¡Ay! ¡otra carta!... ¡Qué á tiempo!  
Pues esta no me la pillas.)

(Da algunos pasos hácia la puerta.)

DIEGO. ¿Qué es eso?... ¿La prisionera  
hace alguna seña?...

(Llamando hácia el interior.)

¡Niña!

(Entra, dejando abierto el balcón.)

GONZ. Lo que es esta vez, de fijo  
que la carta no me quitas.

### ESCENA XI.

GONZALO, LINCE.

La carta baja muy lentamente. Se abre la puerta de la casa y aparece Lince, y en este momento baja la carta, que le dá en la cara: Lince levanta la mano y la coge, á tiempo que Gonzalo se arroja sobre él.

LINCE. (Cogiendo la carta.)

¿Qué es esto?... ¡Virgen de Atocha!

GONZ. ¡Suelta la carta, ó por Cristo!

LINCE. ¡Con este amor, por lo visto,  
se ha vuelto la niña chocha!  
¡Cartas vienen!... ¡Cartas van!...

GONZ. ¿Me la das?

LINCE. ¡Quiá! no, señor.

GONZ. (Amenazándole.)

¡Venga, ó teme mi furor!

LINCE. ¡Eh! ¡quedo, señor galán!

GONZ. (Suplicante.)

Dame la carta y te doy...

LINCE. ¡Con esas á mí!... ¡Arre allá!

Mi señor se la dará,  
que á él á dársela voy.

ESCENA XII.

DICHOS, D. DIEGO.

- DIEGO. (En la puerta de la casa.)  
¿Cómo?... ¿Pues no dijo usted  
que de su amor desistia?...  
GONZ. ¡Yo!...  
DIEGO. No merece á fé mia  
su palabra mucha fé.

ESCENA XIII.

DICHOS, NEGRO. Viene con el traje de Blas, las alforjas al hombro, las cartas en la mano.

- GONZ. (Viéndolo.)  
(¡Ay! ¡Negro!) (Sigue hablando con D. Diego.)  
NEGRO. ¡Jesus, Maria!  
¡Qué pueblo tan grande es este!  
¡Si entraré en él con buen pié!  
DIEGO. (Á Gonzalo.) ¡Pues si usted no se convence!..  
GONZ. Yo la quiero tanto, ¡tanto! (Á D. Diego.)  
NEGRO. (Leyendo el sobre de la carta, acercándose á la casa  
de D. Diego.)  
¡Á ver!... ¡el número siete!  
¡Pues esta es la casa!  
DIEGO. (Á Negro.) ¿Qué  
quieres?  
NEGRO. Dios guarde á ustedes..  
¿Vive aqui mi tio?...  
DIEGO. ¿Cómo?  
LINCE. ¡Tu tio!... ¡Santa Dei genitri!  
¡Tú eres Blas!..  
NEGRO. ¡El mesmo soy!..  
LINCE. ¡Ven! ¡dame un abrazo!... ¡Acércate!...  
(Abrazándole.) ¡Ay! ¡sobrino de mi vida!..  
NEGRO. ¡Ay! mi tio... de mi muerte,  
que si me descubren, van



á hacer conmigo escabeche.)  
(Gonzalo se retira, expresando gran satisfaccion. Negro le mira de cuando en cuando.)

**MÚSICA.**

- LINCE. (Á D. Diego.)  
¡Mi sobrino!
- DIEGO. ¡Tu sobrino!
- LINCE. ¡Claro está!
- DIEGO. Si, claro está,  
pero solo á su palabra  
crédito no se ha de dar.  
(Á Negro.)  
¿De dónde vienes?
- NEGRO. ¡De Móstoles!
- DIEGO. ¿Y cómo te llamas?
- NEGRO. ¡Blas!
- DIEGO. ¿Lo juras?
- NEGRO. ¡Por los Apóstoles!...  
y el órgano del lugar.
- DIEGO Y GONZ. ¡Bien responde!
- LINCE. ¡Bien contesta!
- DIEGO. ¿No traes cartas?
- LINCE. (Sacándolas y la bolsa que quitó á Blas.)  
¡Y ainda mais!...  
(Dá las cartas á Lince.)  
(Dando una á D. Diego.)  
¡Para usted!...
- DIEGO. ¿Y qué mas?
- NEGRO. (Con la bolsa en la mano.) ¡En esta  
bolsa no sé cuánto hay!  
¡Es para el amo!...
- DIEGO. (Cogiéndola.) ¿Si? ¡venga!
- NEGRO. Por un cuadro que pintó.
- DIEGO. ¡Un san Antonio!
- NEGRO. ¡En el pueblo  
le decimos san Anton!...  
(Lince y D. Diego sacan las gafas y se ponen á leer.)
- DIEGO. (Leyendo su carta.)  
«Cien doblones le mandamos,

»no puede la iglesia mas.  
»De limosnas lo sacamos  
»y son pocas las que dan,  
»mas de paso le encargamos  
»que nos haga con afan  
»un san Ramon al instante,  
»que gran limosna le dan  
»las mujeres, cuando estan  
»en estado interesante...»  
LINCE. «Hijo mio es tu sobrino,  
»pero te debo decir  
»que es el mozo mas pollino  
»que al mundo pudo venir,  
»y que por desgracia vino.  
»Á ver si su condicion  
»de mudar encuentras traza...  
»Dále alguna educacion.  
»No vuelva calabazon  
»del que vá tan calabaza.»

LINCE. (Á Negro.)

Por estas señas  
presumo, Blas,  
que eres, sobrino,  
muy animal.  
Aqui derecho  
tienes que andar,  
ó muchos palos  
has de llevar.

DIEGO. (Á Negro.)

Si no me sirves  
con lealtad...  
Dios te proteja,  
querido Blas;  
que aqui derecho  
tienes que andar  
ó muchos palos  
vás á llevar!...

NEGRO.

(¡Válgame! ¡válgame  
la Trinidad!...  
Los dos me pelan  
sin mas ni mas...



Cuando descubran  
que no soy Blas,  
¡ay! cuántos palos  
me van á dar!)  
GONZ. (Mi amor de fiijo  
se logrará...  
Yo en esa casa  
lograré entrar.  
Y ¡vive el cielo!  
que ese truhan  
sin su modelo  
se ha de quedar.

(D. Diego y Lince hablan con Negro. Gonzalo se ha retirado al átrio de la iglesia. Aquellos estan en el proscenio. En el mirador aparecen primero Blanca y luego Elena.)

#### ESCENA XIV.

DICHOS, ELENA, BLANCA, en el balcon.

BLANCA. ¡No nos vea su mercé.  
GONZ. (Viendo á Elena.) ¡Ay! ¡es ella!...  
(Desde el átrio de la iglesia le hace señas.)  
ELENA. (Viendo á Gonzalo.) ¡Santo Dios!  
¡Es un viejo!... ¡y yo creía...  
GONZ. (Acercándose.)  
¡Mi vida!  
ELENA. (Á Blanca.) ¡Cierra el balcon!...  
Blanca entorna la persiana.)

#### ESCENA XV.

DICHOS, BLAS y CORO de hombres y mujeres del pueblo.

CORO. (Dentro.)  
¿Qué le sucede?  
DIEGO. ¿Quién viene acá?  
BLAS. (Saliendo precipitado, seguido del Coro.)  
¡Que me han robado!  
GONZ. y NEG. (¡Voto á Caifás!  
¡El lugareño

que vuelve acá!)

(Blanca vuelve á abrir la persiana.)

ELENA. }  
BLANCA. }  
DIEGO. } ¿Qué es lo que pasa?  
LINCE. }

GONZ. y NEG. (Con una mirada de inteligencia.)

¡Serenidad!

CORO. ¡Qué picardia!

(Rodeando á Blas, que hace muchos extremos.)

BLAS. ¡Esto es robar!

DIEGO. (Á Negro.)

Entrar en casa

ya puedes, Blas.

BLAS. (Volviéndose y adelantándose al oír su nombre.)

¡Eh! ¿quién me llama?

NEGRO. (Entrando en la casa.)

¡Dentro estoy ya!

## ESCENA XVI.

DICHOS, menos NEGRO.

BLAS. (Encarándose con Lince.)

¡Calla! ¡mi tío!

¡no hay que dudar!

DIEGO y LINCE. ¿Qué es lo que dice  
este animal?

BLAS. (Á Lince.)

¡Este es mi tío!

¡sí, ¡voto vá!

¡mi padre tiene

la cara igual!

DIEGO y LINCE. Dinos quién eres.

BLAS. ¡Toma! ¡soy Blas!

DIEGO. ¡Hombre! ¿De veras?

LINCE. ¡Largo, truhan!

BLAS. ¡Soy Blas!

LINCE. ¡Mentira!

DIEGO. ¡Lo dijo Blas,  
punto redondo!

LINCE. ¡Largo, truhan!



- DIEGO. Este bergante,  
á no dudar,  
es emisario  
de aquel galan.
- GONZ. (Adelantándose.)  
¡Eso es lo cierto!
- BLAS. (Viéndole.)  
¡Mi amo!
- DIEGO y LINCE. ¿Qué tal?
- GONZ. Es mi criado.  
(Á Blas.) Dí, ¿no es verdad?
- BLAS. (Por Lince.)  
¡Y este es mi tío!
- LINCE. ¡Largo! ¡arre allá!
- GONZ. (Apartándole.)  
No hay de que finjas  
necesidad.  
Si no te callas  
¡voto á san Blas!  
te rompo el alma  
sin mas ni mas.  
¡Vente conmigo,  
vámonos ya!
- DIEGO. Por lo que veo,  
señor galan,  
tres pies al gato  
quiere buscar;  
pero la horma  
será quizá  
de su zapato  
lo que hallará.
- BLAS. ¿Qué gente es esta?  
¡voto á san Blas!  
¿y qué amo es este  
que quiere ya  
romperme el alma  
sin mas ni mas?  
¡Esto me huele!  
me huele mal!
- LINCE. Si mi sobrino  
tarda en llegar,  
hoy nos la pegan

sin mas ni mas,  
y este tunante,  
este truhan  
ocuparia  
ya su lugar.

ELENA y BLANCA. ¿Qué es lo que pasa?

¿qué se dirán?  
Yo tengo mucha  
curiosidad;

pero no es fácil  
que desde acá  
saber podamos  
qué pasa allá.

CORO.

Aqui algo raro  
debe pasar  
y lo debemos  
averiguar.

(D. Diego y Lince entran en la casa, y Gonzalo se  
lleva á Blas, seguidos ambos del Coro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

El teatro representa el taller de don Diego; bustos, cuadros, libros, maniqués; al lado derecho del espectador, sobre el caballete un cuadro de ocho pies, que representa la muerte de Malek-Adhel, cubierto con un lienzo <sup>1</sup>, una piedra de moler colores, puesta sobre un pedestal; enfrente del cuadro una tarima grande de seis pies de largo y doce de ancho, cubierta con un paño verde. A cada lado de la escena una puerta; en el fondo una gran ventana, con cortina hasta el suelo, que cae á un jardín.

### ESCENA PRIMERA.

LINCE, NEGRO.

El primero está limpiando el taller; Negro le sigue.

LINCE. Ya sabes, todos los días  
te levantas con el alba,  
y limpias bien el taller  
y luego toda la casa...

NEGRO. ¿Este es el taller?...

LINCE. ¡Cuidado!  
¡que no hay que tocar á nada!...

---

1 Para pintar este cuadro, véase el sexteto de este acto.

- Y ¿qué es esto?..
- NEGRO. (Levantando el lienzo que cubre el cuadro.)
- LINCE. ¡Eso es un cuadro!
- NEGRO. ¡Á ver! ¿es un santo?
- LINCE. Aparta.  
Lo está pintando el señor  
para el rey!..
- NEGRO. ¡Pues ahí es nada!...
- LINCE. Y representa la muerte  
de Malek-Adhel!
- NEGRO. ¡Caramba!
- ¿Y qué don Manuel es ese?
- LINCE. ¡Qué... Malek-Adhel se llama!  
Un moro que murió allá...  
¿qué sé yo, en una batalla...  
y que tenía una novia  
monja...
- NEGRO. ¡Tío, usted desbarra!
- LINCE. Los dos se casaron *in*  
*artículo mortis*.
- NEGRO. ¡Vaya!
- ¡No sea usted bruto, tío!...
- ¿Quién es el cura que casa  
una monja con un moro?...
- LINCE. ¿Quién ha de ser?... ¡Yo, bestiaza!...  
El arzobispo de Tiro,  
que soy yo... ¡Mira mi estampa!...  
Y he servido de modelo.  
(Descubriendo el cuadro.)
- NEGRO. (Mirando al cuadro.)
- ¡Y que tiene razón!... ¡Cáscaras!
- ¡Es usted! ¡justo! ¡no hay mas!...
- ¡Pero ahí tiene usted unas barbas!...
- LINCE. Es porque aquel arzobispo  
casi nunca se afeitaba.
- NEGRO. Y esto, ¿cuándo sucedió?
- LINCE. ¡En tiempo de las Cruzadas!...  
Aun yo no había nacido...  
Mira si la fecha es larga!...
- NEGRO. (Señalando al cuadro.)
- ¿Y esta quién es?
- LINCE. Es Matilde...



¡La monja!...

NEGRO. ¡Vaya si es guapa!

LINCE. Esa es la novia del moro.

NEGRO. ¡Pues el moro no era rana!

LINCE. Es la sobrina del amo.

NEGRO. (¡Ya! la niña de las cartas.)

LINCE. El moro es ese caído...

NEGRO. ¡Cuál le mira la muchacha!...

Estará diciendo el pöbre:

«¿Ha visto usted qué desgracia?

Cuando me muero me caso.

¡Á buen tiempo, mangas largas!...»

¡Calle! ¡y allí está la negra!...

LINCE. Si; representa una esclava...

NEGRO. Solo falto yo en el cuadro.

LINCE. Puede que te ponga... Aun falta  
pintar un camello...

NEGRO. Pues

estando usted en la casa...

LINCE. Pero, hablando de otra cosa,  
aun no me has contado nada  
del pueblo.

NEGRO. ¡Toma! Si allí  
no hay nada...

LINCE. ¿Cómo está Bárbara,  
mi prima?

NEGRO. Tan buena y tan...  
(¡Si este truhan no me habla  
de lo que me dijo el otro,  
me pierdo!)

LINCE. ¿No estaba mala?...

Si me lo escribió tu padre...

NEGRO. Si; un poco malucha andaba.

LINCE. ¿Cómo malucha, si dice  
que tenía cataratas?...

NEGRO. Si, en los ojos; pero el cuerpo  
lo mismo que una manzana.

LINCE. Dime, ¿ha cogido tu padre  
ogaño mucha cebada?

NEGRO. Si nos hemos mantenido  
con ella desde la pascua,  
y aun quedaba cuando vine...

- (¡Daré mis noticias!...) ¡Vaya!...  
ya no me acordaba yo  
de decir á usted... ¡Ahí es nada!
- LINCE. ¿Qué?...  
NEGRO. Que se casó la Geroma.  
LINCE. ¿Quién?... ¿Tu hermana?  
NEGRO. Si, mi hermana.  
LINCE. ¿Con quién?  
NEGRO. Con Gilito.  
LINCE. ¿Cuál  
de los dos?  
NEGRO. (¡Hay dos!... ¡Malhaya!...)  
LINCE. ¿Con aquel?  
NEGRO. Si, con aquel.  
LINCE. ¿Con cuál?  
NEGRO. Con ese.  
LINCE. Aquel mandria...  
NEGRO. El que tiene el par de bueyes.  
LINCE. ¡Ah! si.  
NEGRO. (¡Me dan unas ganas  
de tirar á este arzobispo  
de Tiro por la ventana!)  
El boticario se ha muerto.
- LINCE. ¿De qué?  
NEGRO. De la boticaria.  
(Mirando á la puerta de la derecha, que se abre.)  
¡Ah! ¡gente viene!... ¡Me alegro!...  
LINCE. (Viendo salir á D. Diego.)  
¡Nuestro amo don Diego!—¡Calla!

## ESCENA II.

LINCE, D. DIEGO, ELENA, NEGRO, BLANCA.

D. Diego sale seguido de Elena y Blanca, y hablando con la primera, Blanca se queda cerca de la puerta.

DIEGO. (Á Elena.)  
Hoy necesito de tí  
mas que nunca... Sé que viene  
á visitar hoy mi estudio  
el rey.—Mi cuadro ver quiere



- antes de que se termine,  
y es fuerza satisfacerle...  
(Elena se sienta disgustada en un sillón de la derecha.)
- BLANCA. Mirando á Negro.)  
(¡Ay! el criadito blanco!...)
- NEGRO. (Lo mismo á Blanca.)  
(¡Ay! ¡la negra!... ¡Mala peste!)
- DIEGO. (Pasando á la izquierda, á Lince.)  
Lince, arregla mi paleta,  
mis colores, mis pinceles.  
Á Blas, á moler colores  
es preciso que le enseñes.  
Hoy haráme falta el negro.  
(Á Negro.)  
Él te enseñará y lo mueles.
- NEGRO. ¡Negro?... ¡Muy bien! De la negra  
bastante sacarse puede.
- ELENA. (Volviendo la cabeza y viendo á Negro.)  
¿Esté es el nuevo criado?...
- LINCE. (Presentándole.) Este es Blas. (Á Negro.)  
¡Saluda, imbécil!  
(Á Elena.) ¡Mi sobrino!...
- ELENA. (Á D. Diego.) Otro guardian  
que me vigile y me cele.  
(Lince abre la ventana del fondo corriendo la corti-  
na que estaba descorrida.)
- NEGRO. (Mirando á Elena.)  
(La muchacha es como un oro.)  
Señorita, yo estoy siempre...
- ELENA. Bueno, bueno.  
(Lince y D. Diego hablan aparte. Blanca se acerca á  
á la ventana del fondo.)
- NEGRO. (Acercándose poco á poco á Elena.)  
Soy su humilde  
criado, y soy...  
(Con disgusto.) ¡Bueno! Vete!
- NEGRO. (Bajo á Elena.)  
Si supiera la señora  
con qué objeto y de qué suerte  
quiero servirla... (¿Qué dice?)
- ELENA.

NEGRO. (Acercándose mas y observando á D. Diego y Lince.)  
Yo soy...

ELENA. (¿Qué criado es este?)

NEGRO. (Separándose, viendo que D. Diego le mira.)  
Yo no soy lo que parezco...

(Hace señas á Elena, moviendo la cabeza y los ojos en direccion de D. Diego, como advirtiéndole que debe guardarse de él, y que no puede hablar mas.)

DIEGO. (Observándole.)

(¿Qué es esto?)

(Á Lince.) Lince, ¿no adviertes?...

NEGRO. (¡Ya me observan!)

DIEGO. (Á Lince.) Tu sobrino  
á Elena hace señas...

LINCE. (En tono de inredulidad.) ¡Puede!

DIEGO. (Á Negro.)

¿Por qué haces esos visajes  
con los ojos?...

NEGRO. (Llevándose la mano á los ojos.)

¡Si me duelen!...

Se me ha metido una cosa...

(Á Lince.)

Deme usted un soplo en este.

LINCE. Anda, que te sople un toro  
de seis años.

NEGRO. ¡Vaya un fuelle!

DIEGO. (Á Lince.)

Avisarás á Matias,  
mi modelo.—Á ver si viene.  
Falta acabar la cabeza  
de Malek Adhel.

LINCE. No puede  
venir.

DIEGO. ¿Por qué?

LINCE. Porque ayer  
tomó una chispa y la duerme.

DIEGO. Ya la habrá dormido.

LINCE. Es que

se hizo en la testa un boquete,  
y segun ha dicho el médico  
tiene para cuatro meses.

DIEGO. Vé, sin embargo..



- LINCE. Yo iré...  
pero de fijo no viene.
- DIEGO. (Á Lince y Negro.)  
¡Dejadnos ahora!...  
(Acercándose á Elena.) ¡Elena!...
- LINCE. (Á Negro.)  
Sal, sobrino.
- DIEGO. (Á Blanca.) Blanca, vete.  
(Blanca vá hácia la izquierda.)
- NEGRO. (Á Blanca.)  
¿Con que tú eres Blanca?
- BLANCA. Para servirle...
- NEGRO. ¡No te molestes!...  
(Vánse Blanca, Negro y Lince por la primera puerta izquierda.)

---

### ESCENA III.

D. DIEGO, ELENA.

#### MUSICA.<sup>1</sup>

- DIEGO. (Con mucho cariño y sentimiento á Elena.)  
Elena, mi vida,  
mi vida, mi amor,  
¿por qué en tu semblante  
se pinta el dolor?  
¿Por qué la alegría  
se aleja de tí?...  
¿Por qué con enojos  
me miras á mí?...  
Niña desvalida,  
yo abrigo te dí...  
Mi dicha, mi vida  
cifraba yo en tí.

---

1 Esta pieza musical puede suprimirse.

Y hora, ingrata, mi consejo  
ya no aprecias ni mi amor...  
Ya no ves del pobre viejo  
la tristeza y el dolor.

(Con dolor profundo.)

¿Qué tienes, Elena?

ELENA.

¿Qué tengo no sé!

Me mata la pena,

y no sé por qué.

Con mil inquietudes

luchando estoy yo,

y no sé qué siento

en el corazón.

Mi pecho se oprime,

y siento que aquí

el aire me falta,

no puedo vivir.

Decidme, decidme

qué pasa por mí.

Decidme, decidme

por qué sufro así.

Bueno es, si, vuestro consejo;

vuestra es toda la razón.

No de vos, de mí me quejo,

que al dolor cobarde soy.

(Con dolorosa ansiedad.)

¿Qué es esto que siento?

DIEGO.

¡Ay! ¡yo lo sé bien!

y con honda pena,

Elena, lo sé.

De amor, Elena, la llama traidora

se vé que en tu pecho se enciende ya.

Y ¡ay! que esa llama que el alma devora  
la vida ó la muerte te puede dar.

Por ese amor que sientes

tan sin razón,

olvidas, hija mía,

mi eterno amor.

Hay en amor placeres,

también dolor;

este es eterno, aquellos



fugaces son.  
ELENA. De amor ¡ay triste! la llama traidora  
siento que en mi pecho se enciende ya.  
Y ¡ay! que esa llama que el alma devora  
la vida ó la muerte me puede dar.

(Por este amor que siento,  
—tiene razon,—  
soy ingrata y olvido  
su tierno amor!...  
Yo misma me rebelo  
contra mi amor,  
¡mas no puedo arrojarlo  
del corazón!)

---

**HABLADO.**

DIEGO. (Con mucho cariño.)  
Elena, mi voz amiga  
escucha con atencion,  
y graba en tu corazon  
lo que este viejo te diga.  
La mujer llega á una edad  
en que al juego peligroso  
de amor, juega su reposo,  
su honor, su felicidad.  
Siente turbada la calma  
en que su alma vivia,  
y es que su alma, hija mia,  
necesita de otra alma.  
Si dá con una alma buena,  
llena de amor y virtud,  
cesa al punto su inquietud,  
truécase en gozo su pena.  
Su amor la sancion recibe  
de Dios, y asi bendecida,  
á un hombre por siempre unida,  
honrada y tranquila vive.  
Pero si un alma de cieno  
al alma inocente llega,

y esta al fin su fé le entrega,  
le dá aquella su veneno;  
y entonces, sobrina Elena,  
—no lo olvides en tu vida,—  
el alma ya envilecida  
envilece el alma buena.  
Por eso yo estoy sin mí,  
viendo que tu pecho inflama  
la devoradora llama  
de amor indigno de tí.

ELENA. ¡Tío!...

DIEGO. El hombre que cautiva  
tu voluntad, no es honrado...  
No ha de ver su afan logrado,  
Elena, mientras yo viva.  
No deja de buscar traza  
de turbar nuestro sosiego,  
y lo mismo emplea el ruego  
que el disfraz y la amenaza.  
Ya te dije que fingiendo  
ser un viejo de Granada  
que espero, vino la entrada  
en mi casa pretendiendo.

#### ESCENA IV.

DICHOS, NEGRO.

NEGRO. (Aparece en la primera puerta izquierda.)  
¡Señor!

DIEGO. (Volviéndose y dejando el papel sobre una mesa.)

¿Qué te ocurre?

NEGRO. Un hombre,  
caballero... en un caballo,  
y que dice que al escape  
ha venido desde el Pardo,  
enviado por el rey,  
sobre yo no sé qué cuadro  
del casamiento del moro  
don Manuel, que está espirando  
con una monja profesa...



á la puerta se ha apeado,  
y pretende con empeño  
ver á usted.

DIEGO. ¡Ah! voy volando.

(Sale por la puerta por donde entró Negro.)

NEGRO. Volando no; puede usted  
caerse y hacerse daño.

### ESCENA V.

ELENA, NEGRO.

NEGRO. (Acercándose á Elena con misterio y hablando muy  
deprisa.)

Señora, un breve momento

escúcheme por favor,

que en las mas breves palabras

le diré mi comision.

Yo no soy Blas, ni he venido

de Móstoles ni el Mogol.

Yo sirvo al jóven hidalgo

don Gonzalo Bellafior,

capitan del rey y mozo

valiente como un leon,

capaz de andar á estocadas

con su sombra cuando hay sol,

con las mujeres muy tierno

y con los hombres feroz,

un poco loco y un poco

poeta como español,

que por las bellas se muere,

pero se muere de amor,

que es un morirse muy dulce

si son á morirse dos.

ELENA. (Temerosa é impaciente.)

Pero que...

NEGRO. Pronto concluyo,

perdonad la digresion:

evidencia diz que tiene

don Gonzalo, mi señor,

de que á su amor insensible

no ha sido ese corazón.  
ELENA. Pero eso...

NEGRO. No tengais miedo,  
que él es un hombre de pró  
y sé que tiene ante todo  
la buena y santa intencion  
de escuchar puesto de hinojos  
cerca, muy cerca de vos,  
la epistola de san Pablo,  
que es un cuento de color  
de rosa para las hembras  
que en paz y en gracia de Dios  
adquieren marido, que es  
la mejor adquisicion.

Decidme, pues ya supisteis  
á qué vine y á qué voy,  
lo que á don Gonzalo debo  
decir en contestacion,  
que esperando está en la calle,  
al pie del muro exterior  
de ese jardin...  
(Señalando la gran ventana del fondo.)

En un brinco  
entra en el jardin...

ELENA. (Con miedo.) ¡Ah! ¡no!

NEGRO. ¡Os aderal...

ELENA. ¡No me atrevo!

NEGRO. Libertad os dá y amor,  
nombre de esposa... y de esposo  
la mano y el corazon...  
¿Le aviso?...

ELENA. ¡No! ¡no! ¡esperad!

NEGRO. ¡Huid con él!

ELENA. ¡No! ¡Por Dios!

NEGRO. ¿Y mi tio?...

NEGRO. Es un tirano...

Morireis por consuncion  
si seguís bajo su férula...

(Si yo me muriera hoy,  
por celebrar mi llegada  
al infierno, como hay Dios  
que daba al demonio un baile...)



- Conque... ¿qué digo?...
- ELENA. ¡Que no!...
- NEGRO. (La primera vez dan todas la misma contestacion...)
- ELENA. Salid... Volverá mi tío, y si nos halla á los dos, sospechará... Á vuestro amo decidle que me enojó el engaño con que aquí os introdujo... y por Dios, que os alejéis de esta casa...
- NEGRO. Ya deseándolo estoy, mas debemos salir juntos don Gonzalo, vos y yo.  
(Váse por la primera puerta izquierda.)

## ESCENA VI.

ELENA.

¡Dios mio!... ¡Su amor!... ¡su nombre!  
¡Su esposa me quiere hacer!...  
Pero... ¿yo debo tener  
confianza en ese hombre?...  
¡Á este amor llama mi tío  
amor indigno de mí!...  
(Poniéndose la mano sobre el corazon.)  
Pero, ¿esto es amor?... ¡Oh, si!...  
Amor es, amor... ¡Dios mio!...

### MUSICA.

¡Ay! ¡triste de mí!... Yo que creia  
que era en amor todo ventura,  
y hoy que lo siente el alma mia,  
se llena mi alma de amargura.

Todo inquietudes  
es hoy mi amor,

duda, agonía,  
pena y dolor.

Ya nunca en calma,

viviré yo.—  
Ya mi alegría  
despareció.  
Esta triste pasion traidora  
del corazon quiero arrojar,  
y el corazon cobarde ahora,  
no, no se la deja arrancar.  
¡Pasion traidora,  
sal ya de aqui!...  
¡qué abrasadora  
naciste en mí!...  
¡Ay de mí! ¡triste!  
¡Fatal pasion!  
No te resiste  
mi corazon.

---

ESCENA VII.

ELENA, D. DIEGO.

**HABLADO.**

DIEGO. (Entrando muy contento por la primera puerta izquierda.)

¡Lince! ¡Elena!...

ELENA. ¡Señor!

DIEGO. ¡Elena, Elena querida!...  
Verdad era... á ver mi cuadro  
el rey viene... La visita  
de un rey tan solo faltaba  
á mi corona de artista.

ELENA. Y ¿cuándo viene?...

DIEGO. ¡Esta tarde!...

ESCENA VIII.

DIEGO, LINCE, NEGRO.

LINCE. ¿Me llamaba usted?...

DIEGO. ¿Y Matias,  
mi modelo?... ¡Fuiste á verle?...



- LINCE. Y he visto que no podia venir por su pie.
- DIEGO. ¿Por qué?
- LINCE. Por la cosa mas sencilla... Porque ha muerto esta mañana...
- ELENA. ¡Infeliz!
- DIEGO. (Con desaliento.) No hay quien me sirva para acabar la cabeza de Malek-Adhell... ¡Ah! ¡mira! En el portillo cercano hay una corta partida de ginetes...
- LINCE. Si, esperando al rey!... ¡Ya lo sé!
- DIEGO. ¡Bien! cuida de ver al jefe... y le ruegas que á un soldado le permita venir contigo!... Le cuentas la ocasion que á esto me obliga.
- NEGRO. (¡Ah! ¡buena ocasion!...) (Á D. Diego) Yo iré.
- DIEGO. ¡Tú no!... Decir no sabrias...
- LINCE. ¡Calla, tonto!
- NEGRO. (Haciendo ademan de dar un revés.) (¡Si no fuera!...)
- DIEGO. (Á Lince.) Di que se le necesita una hora no mas, que el rey, segun él mismo me avisa, vendrá dentro de dos horas...
- LINCE. ¡Y si de mí no se fia...
- DIEGO. (Despues de un momento.) Es verdad; iré yo mismo contigo (Á Elena.) En tanto, sobrina, viste el traje de Matilde, ponte muy bella, hija mia. (Á Blanco.) ¡Ayúdala?
- BLANCA. Bien, señor.
- DIEGO. (Á Negro.) Y tú de la casa cuida.
- NEGRO. (¡Me deja dueño del campo! Vaya, llegó ya la mia.) (Elena se entra en su habitacion, seguida de Blanca.

- que queda á la puerta.)  
DIEGO. (Á Lince, tomando el sombrero de sobre una silla.)  
Tú vendrás con el soldado,  
y yo iré por la vajilla  
que un buen amigo me presta,  
y que es á la verdad digna  
del rey... Fuerza es obsequiarle.  
(Á Lince.)  
¡Vamos!  
(Salen por la puerta primera izquierda.)  
NEGRO. (¡Si estará en la esquina!)  
(Vá á salir detrás. Blanca le detiene.)

### ESCENA IX.

BLANCA y NEGRO.

- BLANCA. ¡Niño!  
NEGRO. ¡Niña!  
BLANCA. Niña Blanca  
conoce ya á niño blanco.  
El niño me dijo flores  
en la calle y me dió abrazos.  
NEGRO. (¡Maldita! me ha conocido.)  
BLANCA. Y voy á decirle al amo  
que niño blanco es tunante.  
NEGRO. Detente, negra del diablo.  
BLANCA. Del diablo no; soy de Dios  
desde que me bautizaron.  
NEGRO. (Yo te voy á confirmar.)  
BLANCA. Niño blanco intenta algo  
contra niña Elena, ¿estamos?  
NEGRO. (Pues señor, Dios me lo tenga  
en cuenta por mis pecados.)  
No tengas miedo, morena;  
si aquí vine por mi amo,  
tambien por tí, morenilla,  
que me tienes abrasado  
y te quiero y te requiero  
como un pedazo de bárbaro.  
Si, chica, estoy por lo negro.



- BLANCA. Como yo estoy por lo blanco.  
NEGRO. Como tú, negra es mi suerte;  
sin serlo Negro me llamo,  
y me tratan como á un negro  
y como un negro trabajo,  
y negro es el pan que como  
y negro el humor que gasto,  
y tengo la sangre negra  
y la pena negra paso,  
de suerte que con lo negro  
estoy familiarizado,  
y si tú quieres, morena,  
dejo á las blancas en blanco,  
y tu negra mano tomo  
y te doy mi blanca mano.
- BLANCA. Casarse conmigo...  
NEGRO. Si.
- Si no me descubres, mi amo  
con Elena casará  
y yo contigo...
- BLANCA. Es engaño.  
NEGRO. ¡No, hermosa, cara de cielo!  
BLANCA. ¿Y me querrá mucho?  
NEGRO. ¡Claro!  
BLANCA. ¿Será buen marido?  
NEGRO. ¡Vaya!  
BLANCA. ¿Será buen padre?  
NEGRO. (¡Canario!)  
BLANCA. Porque si Dios nos dá un hijo...  
NEGRO. ¡No será mal mamarracho!  
BLANCA. ¿Cuántos quisiera tener?  
NEGRO. Treinta y tres ó treinta y cuatro  
con el lado izquierdo negro  
y el lado derecho blanco.  
¡Verás qué bonitos!
- ELENA. (Dentro.) ¡Blanca!  
BLANCA. Niña Elena está llamando.  
NEGRO. Pues anda, vé, y punto en boca,  
porque si no no me caso.
- BLANCA. (Muy zalamera.)  
¡Adios, niño!  
NEGRO. ¡Adios, hermosa!...

en tu clase.  
(Blanca entra en la habitacion de Elena, y Negro sale por la puerta por donde se fueron Lince y don Diego.)

Á ver si el amo  
está como de costumbre  
por la plazuela rondando.  
(Váse.)

### ESCENA X.

D. GONZALO.

La escena queda sola algunos momentos mientras la orquesta toca piano uno de los motivos de la pieza musical de esta obra que señale el compositor. De detrás de la cortina que cubre la gran ventana del fondo sale D. Gonzalo, que avanza sigilosamente.

Quizá una infamia cometo  
entrando como un bandido  
en esta casa!... ¡Discúlpeme  
el amor!... Salir he visto  
al pintor con su criado  
y á todo ya decidido  
he saltado el bajo muro  
de ese jardin y...

### ESCENA XI.

GONZALO, NEGRO.

NEGRO. (Sorprendido al entrar y ver á Gonzalo. Vuelve por donde salió.)

¡Dios mio!...

Salí á buscaros...

GONZ.

Y yo

por el jardin he venido

¡Tardarán mucho?

NEGRO.

Muy poco.

Se arma la de Dios es Cristo

si os encuentran.



- GONZ. ¿Y mi Elena?  
NEGRO. (Señalando al cuarto de Elena.)  
¡Allí!  
GONZ. Verla necesito.  
¡Avisa!...  
NEGRO. Se está vistiendo  
y no puedo...  
(Ábrese la puerta de la habitación de Elena y aparece esta con el traje de monja igual al de la figura del cuadro.)  
GONZ. (Viéndola.) ¡Jesucristo!  
(Elena dá un grito al verle; Gonzalo se acerca á ella y la detiene. Blanca se precipita como para pedir socorro á la ventana del fondo. Negro la detiene. Todo muy rápido.)

## ESCENA XII.

GONZALO, ELENA, NEGRO, BLANCA.

### MUSICA.

- GONZ. ¿Qué es lo que veo?...  
ELENA. (Suplicante á Gonzalo.)  
¡Salid por Dios!...  
NEGRA. (Cogiendo por un brazo á Blanca y amenazándola.)  
¡Calla ó te pego!  
GONZ. ¡Ah! ¡monja sois!...  
NEGRO. (Á Gonzalo.) ¡Qué! si ese traje  
suyo no es...  
Es de la novia  
de don Manuel.  
GONZ. ¿Qué es lo que dices?  
No entiendo á fé.  
NEGRO. Pues mas despacio  
lo explicaré.  
ELENA. (Á Gonzalo.)  
Salid al punto,  
salid, señor...  
Comprometiendo  
estais sin honor.

GONZ. No, que en tus bellos  
ojos de sol  
brilla la pura  
llama de amor!...

NEGRO. (Á Blanca, que procura desasirse.)  
¡Quieta! ¡Negrita!  
¡Calla y te doy  
para que puedas  
comprar jabon!...

BLANCA. ¡Jesus! ¡si vienen!...  
¡Jesus, señor!  
¡Jesus! Dos diablos  
sin duda son.

Á CUATRO.

GONZ. ¡Detente! Detente,  
mi vida, ¡mi amor!  
No temas que atente  
osado á tu honor!  
¡Que vengan espero  
aqui sin temor,  
que todos ya quiero  
que sepan mi amor!  
ELENA. ¡Dejadme, dejadme!  
¡Salid ya, señor!  
Salid y mostradme  
asi vuestro amor.  
¡Por vos tengo miedo,  
que obrando asi vos,  
amaros no puedo  
ni debo, señor!

NEGRO. No escuches, negrita,  
lo que hablan los dos,  
que á tí no te importa  
su conversacion.

Y no, no te asustes,  
ten calma por Dios,  
que puedes del susto  
perder el color.  
BLANCA. ¡Ay! ¡Jesus! los blancos  
¡qué atrevidos son!...



¡Amor de negritos  
es mucho mejor!...  
Si viene amo mio,  
¿qué pasa, señor?...  
¡Nos mata! ¡nos mata!  
¡Ay! ¡librenos Dios!

**HABLADO.**

LINCE. (Dentro.)  
¡Todo derecho!

NEGRO. Aquí estan.

ELENA. (Á Gonzalo.)  
¡Salid!

NEGRO. (Señalando la ventana del fondo.)  
¡Por aqui!

CONZ. ¡Amor mio!  
Me ocultaré, pero luego...

NEGRO. ¡Vamos! (Llevándole á la ventana.)

BLANCA. ¡Ay! ¡qué laberinto!

(Gonzalo se oculta detrás de la cortina de la ventana del fondo, que llega hasta el suelo. Elena y Blanca éntranse en la habitacion de la primera, á tiempo que aparece en la primera puerta izquierda el Soldado, seguido de Lince.)

**ESCENA XIII.**

NEGRO, LINCE, el SOLDADO, GONZALO, oculto.

LINCE. Adelante, camarada.

SOLD. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

LINCE. Lo primero desnudarse.

SOLD. ¿Desnudarme?... ¿Para qué?

LINCE. Excepto el calzon.

(Cogiendo una barba que hay sobre la mesa donde está el traje de Malek-Adhel.)  
Ponerse  
estas barbas.

SOLD. ¡Barbas!

LINCE. ¡Pues!

- SOLD. Pero, hombre, yo ¿á qué he venido?  
LINCE. Vas á ser Malek-Adhel.  
SOLD. ¿Mal de qué?...  
LINCE. (Señalando el cuadro.) ¿Ves este cuadro?  
Van á retratarte en él  
vestido de moro... y todo.  
SOLD. ¿De moro?... ¡No puede ser!  
¡Mejor me retrato en cueros  
que de moro!... ¡Yo soy buen  
cristiano!...
- NEGRO. (Que anda cerca de la ventana, viendo que la cortina  
se mueve.)  
(¡Y no se ha marchado!  
¡Por Cristo, váyase ysted!)
- LINCE. (Al Soldado.)  
Deja pues aquí tu ropa  
y vístete pronto. (Á Blas.) Ven,  
Blas. Ayúdame. (Señalando á la mesa.)  
Coraza  
y malla se ha de poner...  
y estas barbas...
- SOLD. ¡Un demonio!  
No me vistó así, si el rey  
no me lo manda.
- LINCE. (¡Qué bruto!...)  
Á don Diego avisaré.  
(Gonzalo asoma la cabeza por detrás de la cortina.)
- BLAS. Es lo mejor.
- LINCE. No ha venido  
todavía.
- BLAS. Vaya usted.  
(Váse Lince por la primera puerta izquierda.)

#### ESCENA XIV.

SOLDADO, NEGRO, GONZALO.

- GONZ. (Al Soldado, saliendo de detrás de la cortina.)  
¡Pronto! ¡Dame tu vestido!  
Soy tu capitán! ¡Despacha!
- SOLD. (Cuadrándose.)  
¡Don Gonzalo! Ya lo veo.



- GONZ. Si me sirves, sin tardanza  
te alcanzaré una gineta.
- NEGRO. (Á Gonzalo.)  
¿Vá usted á ponerse?...
- GONZ. (Á Negro.) ¡Calla!  
(Al Soldado.)  
Dame tu ropa al momento.  
Toma la mia... Despacha.  
(Cambian de traje. Gonzalo deja las prendas que le  
dá el Soldado sobre una silla.)
- SOLD. ¿Y qué hago ahora?
- GONZ. (Llevádole á la ventana.)  
Ven, mira.  
Saltas por esta ventana,  
y te estás en el jardín  
hasta tanto que yo salga.  
Puedes meterte en la fuente.
- SOLD. ¿Cómo?
- GONZ. ¡Si no tiene agua!
- SOLD. Mas si tarda mucho...
- GONZ. ¡No!  
No tardo; no temas nada.
- SOLD. Entonces...
- GONZ. Lo sabrá el rey,  
y ha de premiarte.
- SOLD. ¡Caramba!  
(Salta por la ventana, y Negro vuelve á correr la  
cortina.)

### ESCENA XV.

GONZALO, NEGRO.

- NEGRO. ¿Y ahora, señor?
- GONZ. Ahora  
me pongo el traje del moro,  
y voy á ser el modelo.  
(De sobre la mesa donde está el traje de Malek-Adhel,  
vá tomando y poniéndose el casco, la coraza, el albor-  
noz, las barbas, etc., etc., mirando al mismo tiempo  
al cuadro.)  
¿Aquel es el cuadro?... Todo,

- todo está aquí... ¡El alquicel,  
las barbas!... (Á Negro.) ¡Verás qué pronto!  
El casco con el turbante.  
(Mirándose á un espejo.)  
Yo mismo me desconozco.
- NEGRO. ¿Y qué adelantais, señor,  
con esta burla?
- GONZ. ¿Eres tonto?  
Pasar algunos momentos  
al lado del bien que adoro,  
y dar al pintor un chasco  
que no se le olvide pronto.
- NEGRO. Mirad, señor, que ya os veo  
con la cruz del matrimonio...
- GONZ. Pues no me asusta esa cruz.
- NEGRO. Ahora ya lo supongo.  
Cuando con ella se carga  
parece que pesa poco,  
pero en teniéndola á cuestras,  
se vé que es de piedra y plomo...  
Por eso, señor, hay tantos  
Cirineos, buenos prójimos,  
que á llevar la cruz ayudan  
á los que se cansan pronto.

## ESCENA XVI.

DICHOS, D. DIEGO, LINCE.

- LINCE. (Dentro.)  
Si dice que no se viste  
de Malek-Adhel!
- DIEGO. Pues, ¿cómo?...
- GONZ. ¡Ya vienen!... ¡Serenidad!...
- DIEGO. (Entrando y viendo á Gonzalo.)  
Si ya se vistió.
- LINCE. ¡Ah, galopo!
- NEGRO. Yo le reduje.
- DIEGO. (Examinándole.) ¡Á ver! (Á Lince.) ¡Vamos!  
¡Te dieron todo un buen mozo!  
Vístete tú con el traje



del arzobispo, y ven pronto.  
(Lince se vá por la segunda puerta izquierd a.)

ESCENA XVII.

GONZALO, D. DIEGO, NEGRO.

- DIEGO. (Preparando la paleta y los pinceles.)  
¿Cómo se llama el valiente?
- GONZ. (Con voz bronca.)  
Juan Manuel Lúcas Antonio.  
Soy inclusero.
- DIEGO. ¡Qué lástima!  
¿Sirve muchos años?
- GONZ. ¡Ocho!
- DIEGO. ¿Vá á hacer lo que yo le diga?
- GONZ. Yo me atrevo á hacerlo todo.
- NEGRO. (Es verdad.)
- DIEGO. ¿Cuántas campañas  
hizo?
- GONZ. Muchas.
- DIEGO. ¿Contra moros?
- GONZ. No, señor, contra cristianos.
- NEGRO. ¡Y cristianas! ¿Con qué aplomo!...
- DIEGO. ¡Vaya, manos á la obra!  
Ya está prevenido todo.  
(Llamando.)  
¡Elena! ¡Blanca!

ESCENA XVIII.

DICHOS, ELENA, BLANCA, LINCE.

- ELENA. (Saliendo de su habitacion.)  
¡Señor!
- DIEGO. (Llamando.)  
¡Lince!
- LINCE. (Saliendo de la segunda puerta izquierda con el traje  
del arzobispo de Tiro.)  
Acá estamos ya todos.

**MUSICA.**

- DIEGO.] (Á Elena.)  
¡Ven, sobrina!
- GONZ. (¡No me ha visto!)
- DIEGO. (Á Lince y Negro.)  
El tablado disponed.  
(Entre Lince y Negro arrastran el tablado, que debe tener ruedas, hasta colocarlo enfrente del cuadro.)
- DIEGO. (Á Elena.)  
Sube, Elena.
- ELENA. (Al subir las gradas del tablado dice á Negro, pasando á su lado.)  
(¿Se ha marchado?)
- NEGRO. (Bajo á Elena.)  
Yo, señora, no lo sé.  
(D. Diego vá colocando las figuras segun estan en e cuadro.)
- DIEGO. (Á Elena.)  
Tú arrodillada  
delante de él.  
(Á Blanca.)  
Tú le sostienes.
- BLANCA. ¡Si, ya lo sé!  
(Sube al tablado con Gonzalo.)
- NEGRO. (Mirando al grupo.)  
(¿Cómo la risa  
yo contendré?)
- DIEGO. (Á Blanca haciéndola subir.)  
Detrás de todos  
te has de poner,  
mirando al pobre  
Malek-Adhel!  
(Á Gonzalo.)  
Postrado en tierra  
debes estar...  
La expresion, toda  
en el mirar.  
(Á Elena.)  
Su mano, Elena,  
debes tomar.



- (Á Gonzalo.)  
¡Y tú la miras  
con mucho afán!  
(Á Elena.) Vamos, sobrina,  
¡Temblando estás!  
(¡Si estará oculto!...)
- ELENA.  
NEGRO. (Sin poder contener la risa.)  
¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!  
LINCE. ¿De qué se ríe  
ese animal?...  
GONZ. (También el trapo  
voy á soltar.)  
DIEGO. Veré el efecto.  
(Vá andando hácia atrás hasta el cuadro, mirando el grupo.)  
Muy bien está.  
Ahora los ojos  
voy á pintar.  
(Se vuelve para coger la paleta y el tiento, y Gonzalo aprovechando un momento en el que Lince mira al techo, y D. Diego está de espaldas, besa la mano á Elena.)
- ELENA. ¿Cómo?  
GONZ. (Bajo á Elena.) ¡Mi Elena!  
ELENA. ¡Soltad, soltad,  
(Procurando desasirse.)  
GONZ. Soy yo.  
ELENA. ¡Dios mio!  
GONZ. ¡Callad! ¡callad!  
LINCE. (Á Elena y Gonzalo.)  
Mientras que pinta  
no hay que chistar,  
que le podemos  
equivocar.
- Á SEIS.
- (Muy piano.)  
GONZ. Elena mia,  
calma tu afán,  
que vengo á darte  
la libertad!

- ELENA. Estoy temblando.  
¿Que vá á pasar  
si se descubre  
que estais acá?...
- LINCE. Mientras que pinta  
no hay que chistar,  
que le podemos  
equivocar.
- BLANCA. (Mirando al cuadro.)  
¡Carita mia  
muy mal está!  
¡Allí soy fea!  
Yo no soy tal.
- NEGRO. (Mirando de reojo el grupo.)  
La carcajada  
voy á soltar...  
¡Si no reviento  
sin mas ni mas!
- DIEGO. Cuando lo vea  
su majestad,  
pintor de cámara  
me nombrará.
- (Vuelve á acercarse al grupo.)  
En la mirada  
mucha expresion.  
Debeis miraros  
con mucho amor.
- LINCE. (Que está con los ojos fijos en el techo, parece cansarse de esta postura y los baja, asi como los brazos.)  
(Á Lince.)  
Tú mira al cielo  
pidiendo á Dios  
que no les niegue  
su bendicion!
- GONZ. Yo bien la miro  
con mucho amor...  
Si ella no lo hace,  
¿qué he de hacer yo?
- NEGRO. (No sé qué cuadro  
es el mejor,  
si este ó aquel otro



que viendo estoy!)  
DIEGO. (Andando otra vez hácia atrás.)  
Á ver qué tal!  
(Á Blanca.)  
¡No es eso, no!  
Mas, hija, mas,  
mas expresion.

(Tomando la paleta y el pincel, y preparándose á pintar.)

Es preciso que te pongas  
en la misma situacion  
de Matilde enamorada  
de su bravó campeón.  
¡Así! ¡así!  
¡No te muevas ya!  
que así, así,  
muy bien estás.

Á SEIS.

GONZ. Él lo manda, Elena amada,  
no me mires con rigor,  
considera que te adoro  
y que soy tu campeón.  
¡Así! ¡así!  
Tu mano me dá,  
que así, así,  
yo quiero estar.

ELENA. Pues mi tió me lo manda,  
ya no os miro con rigor;  
y ya empiezo á convencerme  
de que es cierto vuestro amor.  
¡Así, así!  
¡Mi mano tomad,  
que así, así  
yo debo estar!

LINCE. (Sin moverse.)  
Si me tiene mucho tiempo  
en la misma posicion,  
se me vá á quedar el cuello  
como mástil de violon.  
Me pica aquí.

¡Voto á Caifás!

¿Cómo ¡ay de mí!

me he de rascar?

BLANCA. (No, no es este moro bueno.)  
Este es el que aquí se entró.  
Yo callar, porque si habló  
me vá á dar un pescozon.)

(Mirando al cuadro.)

Allí, allí

yo estoy muy mal

No soy así;

no, no es verdad.

NEGRO. (Cuando sepa el pobre viejos)  
que es el moro mi señor,  
vamos todos sin remedio  
á salir por el balcón.

¡Ay, ay de mí!

Caro quizá

entrar aquí

me vá á costar.

DIEGO. (Pintando.)

¡Bravo, bravos! Así me gustal

Esa es, hijos, la expresion

Que os hallais casi parecep

en aquella situacion.

¡Así, así!

Muy bien está.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

¡Así, así!

Muy bien saldrá.

### ESCENA XIX.

Al terminar la pieza musical anterior se oye un clarin que toca llamada, y al momento salta por la ventana del fondo, entrando en la escena, el SOLDADO.

#### HABLADO.

SOLD. ¡Ah! ¡mi capitán, por Dios!  
¡que tocan, que viene el rey!



- ELENA. }  
BLANCA. } ¡Ah!  
GONZ. }  
DIEGO. }  
DIEGO. ¿Qué es esto?  
SOLD. ¡Mi vestido!  
NEGRO. ¡Ya se descubrió el pastel!  
DIEGO. ¡Dios de Dios! ¡Todo lo entiendo!  
LINCE. (¿Qué lío?...)  
DIEGO. ¡Por Lucifer!  
ELENA. ¡Temblando estoy!  
DIEGO. ¿Qué hombre es este?  
(El Soldado, viendo su traje sobre la silla, lo coge  
deja el de Gonzalo y sale precipitadamente por la  
primera puerta izquierda.)  
GONZ. ¿Qué hombre soy? Yo os lo diré.  
Yo soy un hombre que adora  
á vuestra sobrina bella,  
y me casaré con ella  
mañana, al momento, ahora.  
Perdonad si aqui me entré  
sin el permiso preciso...  
Me negasteis el permiso,  
pero yo me lo tomé.  
DIEGO. ¡No sé cómo con paciencia!...  
GONZ. No ofendo vuestro decoro...  
Ella quiere... yo la adoro...  
¿Qué debe hacerse en conciencia?  
DIEGO. (Á Elena.)  
Y tú, ¿qué dices?... ¡Dios mio!...  
¡Así me pagas, ingrata!...  
¡Bien!... Dale tu amor, y mata  
á quien desde niña...  
ELENA. (Besándola la mano.) ¡Tío!...  
GONZ. Ella cómplice no fué,  
y mi accion desaprobó!...  
DIEGO. ¿No? ¿Pues quién ha sido?  
NEGRO. (Sin moverse de su sitio.) Yo.  
DIEGO. ¿Quién?  
NEGRO. (Adelantándose.) Un servidor de usté,  
LINCE. ¡Mi sobrino!  
NEGRO. (A Lince.) Usté es un tío,  
mas yo su sobrino, no.

- GONZ. El otro preso quedó  
y se encuentra en poder mio.  
Hoy le daré libertad  
si don Diego, mas piadoso,  
me concede generoso  
perdon y felicidad.
- DIEGO. ¡Antes muerto, voto al Cid!
- GONZ. Con este lance será  
ella quien mas perderá  
como se sepa en Madrid!
- DIEGO. ¡No cedo!... ¡viven los cielos!  
(Elena le suplica.)  
¡Aparta!
- EYENA. ¡Tio, por Dios!...  
¡Con usted siempre los dos!
- GONZ. Y tendrá usted dos modelos.
- LINCE. (Escuchando.)  
¡Caballos! ¡el rey que viene!
- DIEGO. ¡Mi cuadro!... ¡El rey!...  
(Á todos señalando el tablado.)  
¡Pronto allí!
- GONZ. ¡Si no consentis!...
- DIEGO. ¡Si! ¡si!...  
(¡Ay! ¡el rey la culpa tiene!...)  
(Colócanse otra vez en el tablado. D. Diego sale por  
la puerta izquierda á recibir al rey.)

### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, UJIERES, CABALLEROS y acompañamiento del rey que  
entran en el estudio, precediendo al rey.

#### MUSICA.

¡Viva! ¡viva el soberano  
de las artes protector!  
¡Viva! ¡viva el noble artista  
que hoy alcanza tanto honor!  
(Al entrar los últimos, cae el telon. Cuadro.)

FIN DE LA ZARZUELA.



*Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo  
inconveniente en que su representacion sea au-  
torizada.*

*Madrid 15 de Diciembre de 1862.*

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Habiendo examinado esta escritura, no halló  
inconveniente en que su representación sea au-  
torizada.  
Madrid 12 de Diciembre de 1892.

El Conde de Teñero,

Axosio Ferrán yz Rio.

ESCENA ÚLTIMA



Marta y María.  
Madrid en 1818.  
Madrid á vista de pájaro.  
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.  
Ninguno se entiende, ó un hom-  
bre tímido.  
Nobleza contra nobleza.  
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.  
Pescar á río revuelto.  
Por ella y por él.  
Para heridas las de honor, ó el  
desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.  
Poderoso caballero es D. Dinero.  
Pecados veniales.  
Premio y castigo, ó la conquis-  
ta de Ronda.

¡Que convido al Coronel!...  
¿Quién mucho abarca.  
¿Qué suerte la mía!  
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambición.  
Sin prueba plena  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un dómíne como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huésped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una lección reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocación.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tibberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una lección de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un sí y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una lección de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicidal!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
Armas de buena ley.  
A cual mas teo.

Clavevina la Gitana.  
Cupido y Marte.  
Caperucera.

D. Sisenando.  
Doña Mariquita.  
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-  
vedor.

El Bachiller.  
El doctrino.  
El ensayo de una ópera.  
El calésero y la maja.  
El perro del hortelano.  
En Conta y en Marruecos.  
El león en la ratonera.  
El último mono.  
Enredos de carnaval.  
El delirio (drama lírico.)  
El Postillon de la Rioja (*Música*)  
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos flamantes.  
La medista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la corte.]  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.]  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

## PUNTOS DE VENTA.

---

MADRID: Librería de Guesta, calle de Carretas, núm. 9.

### PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert. *
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C.de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian..	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I.de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérída.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.